héroes del ESPACIO

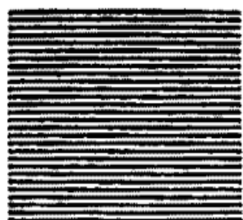
NOVELAS ECSA

MUNDO MUTANTE

ROCCO SARTO

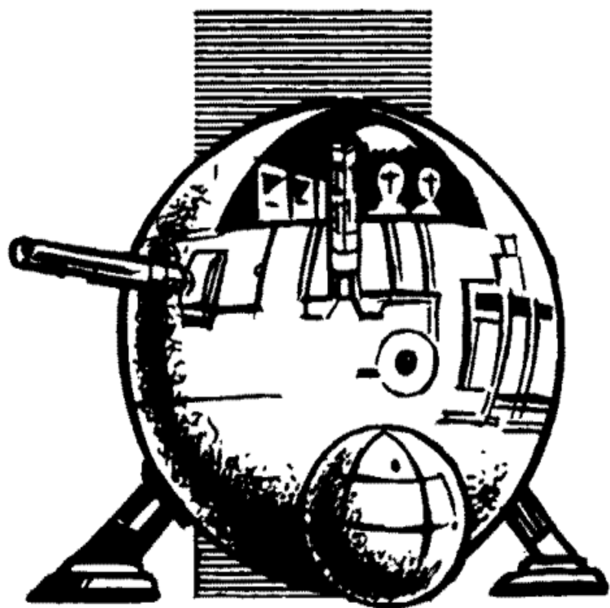


SOLO PARA ADULTOS



héroes del

ESPACIO



ECSA

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

65. — La memoria del futuro. Rocco Sarto.
66. — Taxi espacial. Trevor Sanders.
67. — Condenado a vivir. Elliot Dooley.
68. — Extraña profecía. Eric Sorenssen.
69. — Devoradores de energía. Law Space.

ROCCO SARTO

MUNDO MUTANTE

Colección
HÉROES DEL ESPACIO n.° 70
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 20.701-1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: agosto, 1981

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO

La playa era un trigal cimbreante en la bruma. Spark salió de la casa y se encaminó lentamente hacia la línea de espuma que crecía y se deshacía según el capricho de las olas. Miraba la muralla de arrecifes que se alzaba como una corona oscura debajo de la enorme bola del sol rojo. Como cada mañana desde hacía un año, volvió a sorprenderse ante la maravilla del amanecer en aquel planeta tropical. Se sentía fuerte y complacido. Había sido el mejor año de su vida de científico. Caminó durante algunos minutos a lo largo de la playa, hundiendo los pies desnudos en el agua tibia, aguardando el momento en que la bruma se elevara como un animal obediente y limpiara el día nuevo.

El sol creció detrás de los arrecifes y su luz reveló el tono cobrizo de la masa de coral. No era el coral terrestre, pero tenía sus mismas características. Apresuró el paso y cuando sus músculos se calentaron comenzó a trotar acomodando la respiración al esfuerzo, experimentando la saludable oxigenación de sus pulmones, sintiendo la tensión disciplinada y recia de su cuerpo.

Corrió por espacio de media hora y luego descansó cinco minutos. Miró la casa en la distancia y detrás de ella la cúpula brillante del laboratorio experimental.

Paradis era un planeta similar a la Tierra, algo más pequeño y ligeramente más achatado por los polos. La diferencia climática consistía en que era un planeta absolutamente tropical. Sus continentes y sus mares tenían las temperaturas del ecuador terrestre. La flora era un estallido de extraños colores. Especies desconocidas se erguían voluptuosamente hacia el cielo claro y la fauna habitaba la floresta sin intervención de seres inteligentes.

Spark pensó que aquel mundo, como un hermano menor de la Tierra, se había conservado salvaje y animal, contradiciendo las leyes de la evolución tal cual se comprendían en el pensamiento del hombre. No había aparecido en ningún momento de su desarrollo un

solo signo de vida inteligente. Según los cálculos y las investigaciones del equipo que él dirigía, Paradis, el planeta tropical, era mucho más antiguo que la Tierra y no había ningún signo que contradijera la teoría de que allí, en el suelo fértil y agreste no hubiese podido desarrollarse una civilización semejante a la del hombre.

Cada mañana, antes de entrar al mar para nadar de regreso al laboratorio, Spark pensaba en lo mismo. ¿Por qué razón no había surgido allí, bajo aquellas condiciones tan propicias, ningún atisbo de inteligencia?

Desde el médano en que se hallaba, vio aparecer una figura en la distancia. Era sólo un punto sobre la playa inmensa, pero Spark sabía que se trataba de Tania.

Entró en el mar cálido y nadó muy despacio en dirección a la barrera natural de arrecifes, para enfilar luego hacia el laboratorio, emprendiendo el regreso.

Nadaba con buen ritmo, reservando sus fuerzas, respirando normalmente, sintiendo el agua contra su cuerpo desnudo. De vez en vez se detenía para comprobar, entre las olas, que Tania venía a su encuentro.

Observó la brazada vigorosa de la muchacha cuando sólo se encontraban a cien o doscientos metros el uno del otro. Se acercó a los arrecifes y, con infinita precaución, evitando las aristas filosas como navajas, trepó a una explanada natural que cada noche barría la marea.

Tania se acercaba sin prisa. Su cabello descolorido por el sol y el agua del mar, parecía una pincelada viva entre las olas.

Estaba ensimismado en la contemplación de la joven cuando una sensación de alarma lo sobresaltó. Miró a su alrededor, pero no vio nada anormal. Tania continuaba acercándose lentamente. Sin embargo, algo había cambiado.

El silencio.

Percibió repentinamente el silencio total. El chillido continuo de la floresta había desaparecido.

Sólo el rumor recurrente del mar sobre la arena acompañaba su sensación de alerta. Se puso de pie. Tania se había detenido a unos cuantos metros de distancia y agitó la mano en un gesto de saludo. Su rostro hermoso se abrió en una amplia sonrisa y los dientes

blanquísimos brillaron bajo los rayos rasantes del sol.

Spark levantó la mano para responder a su saludo cuando vio la expresión de estupor que transformaba la sonrisa de Tania.

—¡Tania! —gritó.

La muchacha miraba detrás de él, flotando inmóvil entre las olas.

Spark se dio la vuelta.

Sintió que una mano helada apresaba su corazón y detenía su sangre.

Una nave de enormes proporciones, negra y veloz, llegaba desde el horizonte.

Era una nave impresionante, totalmente negra, de forma oval, pulida y silenciosa. Se desplazaba a muy poca altura y su rumbo, inequívocamente, apuntaba hacia el laboratorio.

Spark se arrojó al agua y nadó rápidamente hacia la muchacha.

Cuando estuvo junto a ella, la cogió de un brazo y permaneció a su lado, flotando.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Tania.

—No lo sé. No pertenece a la Unión Planetaria. No tiene insignias y su diseño es desconocido.

—Es imposible —dijo la joven.

—Pues allí está. Debemos regresar al laboratorio.

—No —dijo ella con un estremecimiento—, todavía no.

Spark sintió el temblor que recorría el cuerpo tenso de la mujer. Volvió a mirar la nave que se detuvo en el aire, sobre la línea de arrecifes, frente al laboratorio.

—¿Quién está de guardia en la central de controles?

—Burns —replicó el hombre.

—No he escuchado la alarma, Rom. No puede haberse acercado sin que Burns la detectara y procediera a su identificación.

—Tenemos que regresar, Tania. Yo soy el responsable de la expedición.

—Por favor —gimió la muchacha—, por favor, hazme caso, aguardemos un par de minutos todavía. Tengo un presentimiento...

La nave estaba a mil metros de ellos, inmovilizada sobre los arrecifes como un ave paralizada en pleno vuelo.

De pronto, la cúpula del laboratorio pareció brillar con una luz intensísima.

Las uñas de Tania se hundieron en la espalda de Spark y lanzó un

gemido ahogado.

—¡El laboratorio! —gritó.

—Cállate —ordenó Spark.

La luz se hizo más y más intensa hasta que el edificio desapareció en su fulgor, luego lentamente el brillo fue reduciéndose y la cúpula volvió a surgir como una aparición.

—¡Santo Dios, qué ha sido eso!

La nave se desplazó hasta cubrir con su sombra inmensa las instalaciones de la Estación Experimental y un pequeño módulo salió de sus entrañas para posarse delicadamente frente al edificio.

Spark dio un tirón a la muchacha.

—Vamos a los arrecifes. Esto no me gusta nada. Nos ocultaremos hasta que averigüemos de qué se trata.

Tania nadó junto a él sin dejar de observar la nave.

Treparon a una estribación de coral y permanecieron allí, a la expectativa. El módulo se había detenido frente al edificio del laboraorio y su masa oscura y esférica impedía ver qué sucedía.

—Tienen que venir de las galaxias exógenas —dijo Spark.

—No hay otra explicación —convino la muchacha.

—Espero que los detectores de la Estación registren todos los datos generales de la nave.

—Nuestros censores están programados para interpretar los datos que se corresponden con nuestro conocimiento —reflexionó Tania—. Si la nave no presenta ninguna característica conocida, será imposible analizar su estructura y procedencia.

—Me conformo con los datos generales —insistió Spark.

Tania apretó su cuerpo sinuoso contra el flanco desnudo del hombre. Spark la rodeó con su brazo y acarició la piel húmeda de su espalda, interrumpida por la delgada cinta del sujetador.

Los minutos transcurrieron lentamente. La sorpresa inicial dio lugar a una aceptación científica de los hechos y los cerebros educados de los dos investigadores emprendieron la tarea de hallar una explicación y trazar un plan de acción.

—No podemos quedarnos aquí —dijo la muchacha.

—He aprendido a confiar en tus presentimientos, doctora. Me alegro de no haber regresado en el primer momento. No sé qué estará ocurriendo allí, pero no han detectado nuestra presencia. Es el único factor con que contamos.

—Todos están allí. Ramus, Dorian, Pierre…

—Lo sé, pero…

Spark se interrumpió abruptamente. El módulo se elevaba silenciosa y delicadamente para desaparecer en el vientre de la nave negra.

Diez segundos después, como un fantasma diurno y sombrío, el navio se alejó vertiginosamente, perdiéndose en el cielo claro, detrás de las lejanas colinas de Paradis.

—Vamos allá —dijo Spark.

—Tengo miedo.

Se arrojaron al agua y nadaron velozmente hacia la línea de arena. Todo había ocurrido en pocos minutos. La selva volvía a cobrar vida y el chillido sinfónico de las aves renació como por arte de magia.

Llegaron a la costa y corrieron cogidos de la mano. La casa donde habitaban no parecía haber sufrido daño alguno. Atravesaron a la carrera los distintos dormitorios y llegaron a la explanada que comunicaba con el laboratorio.

En el vestíbulo se toparon con Ramus Barry que conversaba animadamente con Pierre Gerard.

—¿Estáis bien? —preguntó Spark, sin aliento.

—Comandante, ¿qué haces aquí? ¿Has olvidado tus ejercicios matinales? —bromeó Ramus.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Quiénes eran?

Ramus miró sorprendido a la muchacha y luego clavó sus ojos en Spark.

—¿De qué diablos estás hablando? —preguntó Pierre, con una expresión perpleja.

—Lo hemos visto todo desde los arrecifes. La nave y el módulo. Estuvieron aquí durante varios minutos —dijo Spark, irritado.

—Nave, módulo, comandante, creo que has sufrido una alucinación.

—Escúchame, Ramus —bramó Spark—: una nave apareció de pronto, se detuvo sobre el edificio luego de envolverlo en una luz cegadora y un módulo descendió ante la entrada de la Estación.

—Estuvo aquí durante algunos minutos, luego regresó a la nave y desaparecieron en el cielo —agregó Tania.

Ramus y Pierre se miraron confundidos, no parecían entender

una sola palabra.

Sparks atravesó el vestíbulo de la Estación y entró a la sala de control.

—¡Burns! —bramó.

—Aquí estoy, Rom —dijo un hombre bajo, grueso y oculto tras unas gafas aparatosas.

—Déjame ver el registro de la computadora.

—¿Alguna fecha en especial? —preguntó cándidamente el operador.

—Los últimos quince minutos.

Burns tecleó frente a la pantalla de la computadora y las cifras aparecieron luminosas sobre el fondo gris.

—No veo nada anormal, comandante —dijo el operador—. ¿Ocurre algo?

—Es imposible —murmuró Spark sin compren der muy bien el silencio de la computadora.

Las cifras de la pantalla indicaban los procesos normales. Ni una sola mención, ni una sola referencia, ni un solo signo del episodio que observaran desde los arrecifes.

—Burns, convoca a todo el equipo. A todos sin excepción. Los veré dentro de diez minutos aquí mismo.

Dicho esto, se dio la vuelta y desapareció tras la puerta de la sala de controles. Burns se quitó las gafas y comenzó a limpiarlas cuidadosamente.

Su rostro era una máscara perpleja.

Todo el equipo estaba sentado en sus butacas, alrededor de la mesa de información.

Burns, junto a la computadora, parecía una estatua.

Spark comenzó a hablar. Relató detalladamente el episodio que había tenido lugar pocos minutos antes. Procuró no saltarse ningún elemento de la extraña aparición. Tania ratificó sus palabras.

Ramus acomodó su cuerpo poderoso y hundió la cara entre las manos. Era el mayor de todos, tenía cuarenta años y había pasado toda su vida de biólogo en estaciones experimentales. Su mujer, Dorian, bióloga como él, tenía los ojos clavados en Spark.

Pierre Gerard, médico y químico, jugaba con sus dedos como un prestidigitador. Era de mediana estatura, moreno y barbudo. Su mayor virtud consistía en la objetividad de su juicio, en la serenidad

con que enfrentaba las mayores eventualidades.

Mado, compañera de Pierre, estiró su cuerpo armonioso y bajó los párpados sobre sus bellos ojos azules.

—¿Pierre? —dijo Spark.

—Bien, comandante —comenzó el médico con seriedad—, creo que no podemos hablar de alucinación ni de psicosis colectiva. Tú y Tania estáis fuera de toda sospecha. Habéis superado, al igual que todos nosotros, los exámenes de habilitación espacial. En principio creo que deberíamos verificar vuestro relato.

—De acuerdo —convino Sparks.

Burns sujetó un censor en la yema de los pulgares derechos de Sparks y Tania. Conectó el computador y todas las miradas convergieron en la pequeña pantalla.

Los guarismos personales de Tania y Sparks indicaron que los dos científicos no habían sufrido alteración alguna. El relato quedaba avalado por la computadora.

—Bien —prosiguió Pierre—, no cabe duda de que un hecho suficientemente grave ha ocurrido aquí. No ha sido detectado por nuestra sofisticada computadora y aparentemente no nos ha afectado en absoluto. Hemos de comprobarlo.

—¿Qué sugieres? —intervino Ramus.

—Creo que sería conveniente programar el estado de máxima alerta y hacer que todos los instrumentos de detección indaguen en los alrededores de la Estación. Luego, cada uno de nosotros nos someteremos a un examen completo. De acuerdo con los resultados obtenidos, estableceremos un plan de acción.

—De acuerdo —convino Spark—, pero también controlaremos si se han llevado algo de la Estación.

—¡Claro! —exclamó Tania—. Tal vez hayan venido a controlar nuestro trabajo. Tienen la suficiente tecnología, sean quienes sean, como para neutralizar nuestra computadora, pero no habrán podido borrar su memoria de inventario.

—Burns… —dijo Spark.

Los dedos del operador corrieron como un cangrejo sobre el teclado de programación.

CAPITULO II

—Tenías razón, comandante.

Todos miraron a Burns, que estaba concentrado sobre la pantalla del computador.

—Se han llevado algo. Les diré exactamente de qué se trata.

La mano derecha de Burns continuó su paseo minucioso sobre el teclado y los guarismos fueron modificándose hasta que finalmente quedó sólo uno.

—Exacto, es uno de los duplicados de la memoria de «Nona».

El nombre de la computadora, «Nona», que siempre producía un

murmullo jocoso entre los miembros del equipo, fue recibido con severidad.

Spark se puso de pie y paseó alrededor de la mesa hasta situarse junto al operador. Miró ceñudamente la pantalla.

—Bien, ya sabemos a qué han venido. Sólo deseaban saber por qué estábamos aquí y ahora no tienen ninguna duda. Se han llevado la unidad que sintetiza todas las investigaciones realizadas por nuestro equipo desde hace un año. Es decir: nuestra historia.

—¿Por qué? —preguntó Burns.

Mado se irguió en su asiento. Era una mujer guapa e inteligente.

—Puede que sólo deseen tenernos bajo control.

—¿Por qué bajo control? —preguntó Tania.

—Bueno, soy psiquiatra de acuerdo a los parámetros terrestres, de modo que hablaré sólo en función de la lógica. Si ellos conocen cuál es nuestro propósito y hasta dónde hemos llegado en nuestras investigaciones, saben exactamente lo que deben hacer. Controlan la situación. Nosotros sólo sabemos que existen porque, casualmente, tú y Tania habéis permanecido fuera del radio de acción de su nave.

—«Nona» hubiese revelado la falta de uno de los duplicados —aseguró Burns.

—Sí, pero sólo cuando llegáramos a la Tierra, no antes. A ninguno de nosotros se nos hubiese ocurrido recabar esa información de «Nona», no teníamos por qué hacerlo ya que no sabíamos lo que había ocurrido. ¿Comprendéis? —dijo Spark, sin apartar la mirada de la pantalla.

—Es increíble —dijo Tania.

—El espacio es increíble —reflexionó Pierre Gerard— y, no obstante, nuestra profesión consiste en volverlo creíble.

—Escuchad —dijo Dorian, cogiendo la mano de Ramus—, ya se ha cumplido el año previsto para esta investigación. ¿Por qué no regresamos a la Tierra? En realidad, sólo pensábamos quedarnos aquí para disfrutar de unas semanas de vacaciones. Creo que ese atractivo ha desaparecido. Ya no me siento segura en Paradis.

—Ramus, ¿qué opinas tú? —preguntó Spark.

—No lo sé. Me gustaría investigar un poco todo esto; sin embargo, creo que Dorian tiene razón: debemos regresar y referir la extraña experiencia al Consejo Galáctico. Ellos decidirán cuál es el camino a seguir.

Dorian bajó la mirada y apretó la mano de su marido.

—Estoy de acuerdo —confirmó Burns.

—¿Pierre?

—Convengo en que parece lo más sensato, pero si existe algún modo de averiguar algo más sobre la nave negra debemos procurar hallarlo aquí, en Paradis.

—Sí, creo que tienes razón —dijo Mado.

—Bien, yo debo decidir en última instancia; por lo tanto, nos quedaremos en Paradis una semana más. Haremos todos los preparativos para el largo retorno y tendremos la nave dispuesta desde esta misma noche.

Tania sonrió comprensivamente.

—No puedes evitar el desafío, ¿eh, comandante? —dijo con una sonrisa brillante.

La tensión se relajó un poco en el Centro de Control, pero Spark no permitió que desapareciera del todo.

—Hay algo más que no habéis tenido en cuenta —dijo entonces —: en esa unidad de memoria que se llevaron, se consignaban todos los antecedentes de este viaje. En otras palabras: una parte importante del desarrollo tecnológico de nuestra Confederación Galáctica, los trozos más significativos de nuestra historia y nuestra civilización. ¿Qué ocurrirá si ellos son belicosos? ¿Por qué no considerar la posibilidad de que en base a esa pequeña unidad de memoria de «Nona» no decidan hacer una visita a la Tierra? Una visita mortal, quiero decir.

Nadie dijo nada. Sparks paseó su mirada por el grupo. Todos se habían sumido en una profunda reflexión.

Pierre Gerard fue el primero en reaccionar.

—Bien, creo que debemos enfocarlo de este modo. Ellos, los alienígenas, por llamarlos de algún modo, no saben que hemos descubierto su intervención. Podrían habernos eliminado y no lo han hecho. No perdemos nada si nos quedamos otra semana. En todo caso, y si estamos bajo vigilancia, podría resultar sospechoso que nos largáramos inmediatamente.

—Exacto —convino Sparks.

—¿Qué opináis? —preguntó Pierre.

Todos estuvieron de acuerdo en quedarse otra semana, aun cuando un temor invisible parecía haberse apoderado del equipo.

—Tomaremos precauciones. Estaremos continuamente armados, no nos alejaremos de la Estación y, cuando alguien deba hacerlo, será en compañia de otro miembro del grupo por lo menos. En todos los casos debéis avisar a Burns del sitio en que os encontréis cuando salgáis del área del laboratorio. ¿Entendido?

—Entendido.

—Burns, tú no te moverás del Centro de Control. Tania y yo te relevaremos. Ahora puedes ir a comer algo, yo me quedaré aquí.

Burns y los demás salieron de la estancia. Tania se acercó a Spark y apoyó su mano en el hombro recio del comandante.

—¿Qué te ocurre. Rom? Hay algo más que no nos has dicho.

Rom apretó la mano de la mujer entre las suyas.

—Todavía no estoy seguro, Tania.

—¿No confías en mí?

—No se trata de eso, amor. Prefiero asegurarme primero. Es sólo una intuición, pero he aprendido a respetar mis intuiciones.

—¿Estamos en peligro, verdad? —dijo la muchacha sentándose en las rodillas del hombre.

—Sí, y el peligro tal vez sea mayor del que suponemos.

Ella se inclinó y apoyó los labios rojos y henchidos sobre la boca de Spark. El beso entró en su cuerpo como un escorpión borracho y recorrió sus huesos en una fuga desesperada.

El mono plástico de la muchacha estaba ligeramente abierto en el pecho y la carne turgente y dorada de los senos era una llamada acuciante.

Spark la apretó contra su cuerpo.

—Me basta con saber que tú estás conmigo, Tania —dijo entre los labios húmedos de la mujer.

—Jamás podrás deshacerte de mí, comandante.

—El peligro, lo desconocido, hace que el hombre se remita al sexo —dijo Burns, entrando en el recinto—. Yo soy inmune a todo ello. Me gusta estar solo con mi «Nona». ¿Por qué no os vais a descansar un poco?

Spark palmeó al rador y se alejó llevando a Tania de la mano.

Cruzaron del edificio del Laboratorio hasta la casa que les servía de alojamiento. Era una construcción prefabricada, de fibra de vidrio y cristal. Recorrieron un pasillo que desembocaba en un pequeño hall. Sparks se detuvo ante la puerta de su cabina-dormitorio, se

volvió hacia Tania, la alzó en brazos y entró al cuarto.

Se despojaron rápidamente de los monos de trabajo. Todavía llevaban puestos los bañadores. El cuerpo bronceado y con manchas de sal los hacía más voluptuosos y hambrientos.

Spark se echó sobre la cama y recibió entre sus brazos el cuerpo desnudo de Tania.

Las manos duras del hombre se aventuraron desesperadamente en el misterio repetido de la hembra. Tania se estremeció de placer y buscó los labios del hombre.

Lentamente, sujetos a la misma tensión, entendidos por idéntico apetito, prolongaron hasta la demencia el momento del asalto final.

Cuando, por último, enardecidos y felices, se unieron en un abrazo incisivo y prepotente, todos los temores desaparecieron y sólo quedó con ellos la enfebrecida necesidad de lanzarse al último galope.

* * *

Los días pasaron lentamente. Todas las investigaciones resultaron infructuosas. Ni un solo rastro de la nave negra. Ni una sola señal de su paso fugaz.

La inmensa nave estaba lista para partir desde el primer día y todos ansiaban abandonar aquel planeta idílico, amenazado por una fuerza invisible.

—Burns, Tania, Pierre, Mado y yo iremos a hacer un último recorrido. Estaremos fuera todo el día, dejaremos abiertos los receptores de nuestras micro-radios —dijo Spark.

—No me moveré de mi puesto, comandante.

El pequeño grupo salió del edificio cuando el sol asomaba como una gota de sangre sobre el mar en calma.

—Iremos por la playa hasta el promontorio rocoso y luego entraremos en la fronda; quiero echar un último vistazo —explicó Spark a sus compañeros.

A media mañana se encontraban muy adentrados en la fronda, rodeados por árboles de colores brillantes, avanzando esforzadamente por entre los matorrales húmedos enroscados en los troncos como víboras parásitas.

Spark marchaba en silencio, sumido en sus pensamientos. Pierre y

Tania conversaban animadamente, sin tocar el tema de los alienígenas. Mado cerraba la marcha y no intervenía en la conversación.

Se detuvieron al pie de una colina.

—Subiremos hasta la cima y allí descansaremos —dijo Spark.

La ascensión resultó fatigosa y difícil. Cuando finalmente alcanzaron la cumbre, estaban exhaustos. Bebieron medio litro de caldo nutritivo y se echaron a descansar.

—Dime, comandante. ¿Por qué has querido dar este paseo? —preguntó Pierre, recostado sobre el vientre de Mado.

—Estoy pensando. Algo me da vueltas en la cabeza y no puedo fijarlo con claridad.

—Inténtalo —dijo Mado, hablando por primera vez desde que salieran del Laboratorio.

—Hemos hablado de ello cientos de veces —dijo Spark— sin embargo, sé positivamente que la solución debe estar allí, muy cerca. ¿Por qué no hay vida inteligente aquí? Todas las condiciones están dadas.

—Misterios de la evolución —dijo Mado con seriedad.

—Creo que alguien lo ha dispuesto así —reflexioné Spark.

—¿Qué quieres decir? ¿Te refieres a los alienígenas? —preguntó Pierre, incorporándose.

—¿Por qué no? Escucha: no sabemos quiénes son ni de dónde vienen. Pero no creo que hayan llegado aquí por casualidad. Nosotros descubrimos Paradis hace muchísimo tiempo y sólo conseguimos llegar hasta él, en una nave tripulada, hace un año. Necesitamos reconocer los planetas que podrían dar sustento a la vieja Tierra agotada.

—Continúa —pidió Mado.

—¿Qué pasaría si halláramos un planeta como éste y tuviéramos la posibilidad de detener su evolución natural? Convertirlo en un mundo mutante en el sentido de preservarlo. Algo así como un mundo artificial donde las especies fueran conservadas a la espera de ser utilizadas.

—¿Como un zoológico? —preguntó Tania.

—No, como una granja, un sitio donde poder recurrir en caso de necesidad. Para vivir en él o para abastecerse de él.

—¡Santo Cielo!—exclamó Pierre—. Si tu teoría es cierta, ellos, los

alienígenas, tienes millones de años de existencia.

—He pensado en ello. No hay nada que pueda asegurar lo contrario. Su tecnología demuestra su adelanto.

Pierre guardó silencio.

—Estás desvariando —observó Mado—, es tu imaginación la que busca una explicación, no tu lógica.

—Estoy con Rom —dijo Tania—, todos nuestros estudios demuestran que es prácticamente imposible que no se haya producido vida inteligente. No hay una explicación «natural» para ello. ¿Por qué no buscar una explicación en la que intervenga la mano —o el cerebro— de seres inteligentes?

—¿Cuál es nuestro informe para la Confederación Galáctica? —preguntó Spark— Planeta óptimo. Es el sitio ideal al que recurrir. Tiene minerales, especies animales ligeramente diferentes a las terráqueas y plantas de valor nutritivo semejante al de nuestros cereales. Es fértil y está impoluto.

—Tal como lo expresas —intervino Pierre— me da la impresión de que nos hemos metido en la granja de aprovisionamiento de un mundo desconocido, inteligente, tecnológicamente superior y capaz de constituir una amenaza para la Tierra.

—Eso es lo que creo.

Tania se puso de pie y miró desde la cumbre de la colina la inmensa floresta colorida, el mar inmenso y el sol rojo que flotaba en el centro del cielo.

—Es un paraíso —dijo.

—Hasta que llegaron ellos —agregó Spark.

—Tal vez sea su paraíso —sentenció Mado con voz grave.

—¿Qué quieres decir? —pregunto Pierre, notando la tensión de su cuerpo.

—Que si lo que Spark dice es cierto, entonces somos un grupo de intrusos que amenazan el trabajo de toda una civilización. No es justo.

—¡Vaya, por Dios! —gritó Tania—. ¿Por qué no se acercaron y entablaron contacto directo con nosotros? ¿Por qué robarnos?

Pierre acarició el cabello de Mado antes de responder.

—Porque el hombre es belicoso. Hemos acaba do con las guerras en nuestra galaxia pero fuera de ella somos conquistadores. Si existe una civilización más poderosa, no tiene más que eliminarnos; de lo

contrario, nosotros invadiremos su espacio. Igual sucedió durante la conquista, en los primeros siglos de nuestra historia.

Mado apretó la mejilla de su esposo con ambas manos y sonrió comprensivamente.

—Es hora de regresar —dijo Spark.

CAPITULO III

—Cogeremos un camino diferente para regresar. Quiero que veáis algo. Se trata de aquellas chozas rudimentarias que encontramos al llegar. Entonces pensamos que podía tratarse de un poblado hecho por un ser inteligente, tal vez ahora, de acuerdo con los últimos acontecimientos, saquemos una nueva conclusión.

Descendieron de la colina por la ladera opuesta y atravesaron una sabana de pastos altos y amarillos para volver a adentrarse en la selva virgen.

Los animales huían a su paso, temían a aquel invasor desconocido y extraño que había llegado a sus dominios.

Dos horas más tarde, alcanzaban el poblado. En realidad, no era exactamente un poblado; se trataba de una serie de chozas suspendidas de las ramas de altos árboles centenarios. Sus moradores, una especie de grandes monos antropomórficos, de mayor estatura que el hombre, las habían abandonado luego de la primera exploración del equipo terráqueo.

Eran cobertizos de paja y ramas, resistentes al viento y a la lluvia, y sencillos de construir ante el menor deterioro.

Spark trepó a uno de aquellos árboles seguido por Ramus y Pierre. Una vez arriba, ayudaron a las mujeres a hacer lo propio.

—He recordado de pronto las marcas —dijo Spark—. Cuando las vimos por vez primera supusimos que eran sólo rasguños de la madera, sin embargo...

Tania se inclinó para observar más de cerca las extrañas líneas impresas en el tronco que servía de estructura a la choza.

Eran una serie de líneas rectas, cruzadas y vueltas a cruzar.

—Parece una red —dijo Pierre, que era la primera vez que las

veía:

—En efecto. Tal vez sea la representación del trenzado de la paja con que está fabricada la techumbre, o quizá sea otra cosa; pero creo que no se trata de rasguños casuales. Fueron hechos voluntariamente.

Recorrieron algunas chozas y hallaron el mismo signo; no exactamente igual, pero sí parecido. Líneas rectas, cruzadas en distintos ángulos.

—Hicimos a un lado la hipótesis de que se trataban de signos pictóricos, o seminteligentes, porque no hallamos ninguna otra señal que avalara la teoría. Sin embargo, creo que si aceptamos el hecho de que Paradis ha sido sujeto a control, si su evolución está siendo detenida con fines precisos, entonces estos rasguños son síntomas de inteligencia. Los alienígenas permitieron que la evolución llegara hasta aquí.

—Es posible —convino Ramus.

Descendieron del árbol y reanudaron la marcha hacia la Estación Experimental.

* * *

Las instalaciones en Paradis fueron cerradas herméticamente. Se desmontaron todos los sistemas electrónicos y fueron almacenados en la nave espacial.

«Nona», la computadora, se acopló al panel de control de la espacionave y todo estuvo listo para la partida.

El sol rojo se agitaba débilmente en el horizonte, señalando la despedida.

—¿Todos en sus puestos? —preguntó Spark, sentado en su butaca, frente a los controles de la nave.

—Listos —replicaron uno a uno, todos los miembros del equipo.

A su lado, Tenia vigilaba atentamente el rumbo trazado.

El «Globe» comenzó a trepitar y estremecerse como un paquidermo furioso antes de elevarse suavemente, sostenido por la potencia monumental de sus motores atómicos.

Salieron rápidamente de la atmósfera tropical de Paradis y se encontraron por fin en el espacio oscuro y total, rumbo al Planeta Azul.

Durante los primeros días de vuelo, procuraron ocuparse de sus respectivos informes, detallando minuciosamente los descubrimientos efectuados en Paradis y sus posibilidades de aprovechamiento por la Confederación Galáctica. «Nona» engulló aquella información final, sintetizó sus postulados y grabó en sus microcircuitos el dosier final.

Fue precisamente entonces, al cabo de la primera semana de vuelo, cuando se presentó el primer síntoma extraño.

—Comandante —dijo Spark—, «Nona» revela una presencia en el espacio.

—¿De qué se trata?

—No lo sé; por el rumbo y la velocidad parece una nave; su curso es paralelo al nuestro.

—Tania, verifica la información con el radar —ordenó Spark.

La muchacha buscó en el radar la referencia de «Nona».

—Allí está —indicó.

Un punto flotaba sobre la gran pantalla de situación.

—Atención —dijo Spark por el altavoz de la nave—: todos a la sala de control. Repito: todos a la sala de control.

Pierre, Mado, Ramus y Dorian se sentaron en sus respectivas butacas y observaron aquel punto inidentificable.

—Nos siguen —dijo Sparks.

—Sí, no cabe duda —ratificó Tania—; está muy lejos para saber cómo es realmente, pero ningún meteorito podría controlar su velocidad y su rumbo con tanta precisión.

Spark manipuló el tablero de «Nona», recabando su opinión.

—Burns, activa el panel de respuestas verbales.

La voz dura e inflexible de la computadora llenó la estancia.

—Situación de *ALERTA* —dijo la voz metálica—, operar panel de emergencia.

Una sensación fría recorrió al grupo expedicionario. Spark apoyó su dedo pulgar sobre el censor de emergencia; la computadora leyó su identidad y volvió a hablar.

—Decisión personal. Corresponde al comandan te de la nave resolver en consecuencia. Debo advertir que deben preservarse los descubrimientos de la exploración de Paradis y ser enviados en cápsula a la Tierra. Repito...

Spark detuvo el mecanismo y se volvió hacia sus compañeros.

—Tania, dispon la cápsula. Enviaremos una copia del dossier a la Confederación Galáctica.

—¿Qué haremos? —preguntó Ramus, exponiendo la pregunta que ahogaba a todos.

—Debo reflexionar —dijo Sparks.

Un silencio agobiante se instaló sobre ellos como un manto amenazador.

—Cápsula dispuesta —dijo Tania.

Sparks pulsó los controles de lanzamiento y en la pantalla de radar vieron un punto minúsculo que se alejaba del centro.

—Bien, la cápsula ha sido lanzada. Ahora creo que tenemos que decidir un plan de acción. Ellos son más avanzados tecnológicamente, de modo que no podremos huir. Tenemos por delante un viaje de dos meses y...

—¡Comandante! —aulló Burns—. ¡La cápsula ha estallado!

Todos se volvieron hacia la pantalla del radar. El punto minúsculo había desaparecido.

—¿Qué intentan hacer? —estalló Ramus.

—¿A qué juegan? ¿Por qué la cápsula y no nosotros mismos? —preguntó Mado, más preocupada por desentrañar la incógnita que por el peligro en ciernes.

—Yo diría que procuran conocer nuestras reacciones —dijo Spark con voz fría y decidida.

—Has tomado una decisión —apuntó Tania mirándolo con sus enormes ojos brillantes.

—Iremos a su encuentro —dijo Spark sencillamente.

—¡Estás loco! —gritó Dorian—. Pueden hacernos pedazos en cuanto cambiemos de rumbo.

—Tal vez —reconoció Spark, frotándose la barbilla—, pero es un riesgo que debemos correr. Ya está decidido.

Dorian pareció a punto de estallar, pero la mano de Ramus apretó su hombro y la mujer enmudeció.

—Nos enfrentamos a algo poderoso —dijo Spark—, de modo que no toleraré discusiones. Vosotros sois científicos y habéis cumplido con vuestro cometido. Yo soy ingeniero de vuelo y comandante del «Globe». En situaciones de peligro, todos, absolutamente todos, estamos entrenados para reaccionar como soldados. No quiero que lo olvidéis. Hemos topado con la mayor amenaza espacial desde que la

Tierra inició sus viajes intergalácticos. ¿Alguna pregunta?

—No —replicó Dorian, calmosamente—, lo siento.

—De acuerdo. Ahora, cada uno a su puesto. Pierre y Mado se ocuparán de las baterías atómicas. Ramus y Tenia de los cañones láser. Dorian, Burns y yo permaneceremos junto al panel de control.

Todos obedecieron inmediatamente. Desde sus butacas, manipularon los sistemas defensivos y activaron los terminales individuales del computador. Si atacaban a los alienígenas, aquellos terminales asegurarían la intensidad y precisión de los disparos.

—Allá vamos —anunció Spark.

El «Globe» torció su rumbo y se dirigió raudamente hacia el punto que constaba en el radar.

—Se ha detenido —señaló Burns.

—Perfecto —dijo Spark.

—Estaremos junto a ellos en poco más de media hora —dijo Dorian.

—Algo ocurre —intervino nuevamente Burns—, es como si… como si se dividiera. ¡Spark, observa en la pantalla!

En efecto, la nave alienígena se dividía en la pantalla como una célula que iniciara su reproducción.

—Han enviado un comité de recepción —dijo Spark—. Tened las armas preparadas, no nos arriesgaremos. Dorian, procura establecer contacto con ellos. Utiliza la frecuencia normal. Nos recibirán con seguridad.

Dorian obedeció inmediatamente.

—Nada —dijo al cabo de algunos momentos—, ni la menor señal.

—Pásame el micrófono —ordenó Spark.

La mujer le alcanzó el pequeño adminículo metálico y Spark lo conectó a su propio panel.

—¡Atención, no repetiré el mensaje! Somos una expedición pacífica, repito, somos una expedición pacífica, pero no toleraremos que os acerquéis a nuestra nave sin conocer vuestros propósitos.

Un silencio creciente siguió a las palabras del comandante.

En la pantalla del radar, el navío que se aproximaba, saliendo a su encuentro, continuaba su rumbo a la misma velocidad.

Spark repitió dos veces más su mensaje de advertencia.

—Continúa aproximándose —dijo Dorian.

—Burns, comprueba la barrera magnética de protección.

—Barrera comprobada —dijo Burns.

—En treinta segundos abriremos fuego contra ellos. Quiero que lancéis una andanada de aviso. Si no se detienen, destruid la nave cinco segundos después.

Tania, Ramus y Pierre cerraron los puños en los comandos de las armas defensivas. Calcularon la línea de tiro y aguardaron a que se cumpliera el tiempo previsto.

—¡Fuego! —ordenó Spark.

El radar señaló las explosiones alrededor de la nave alienígena.

—Se ha detenido —dijo Burns.

Spark repitió el mensaje de advertencia.

—Debe estar deliberando con la nave madre —dijo Pierre.

—Estad atentos —recomendó Spark, deteniendo al «Globe».

Ahora las tres naves estaban suspendidas e inmóviles en el espacio.

Los minutos transcurrieron lentamente. Nadie hablaba, estaban pendientes de los instrumentos que tenían ante sí.

Un impacto sacudió a la nave.

Spark accionó los censores de detección de «Nona» antes de que el «Globe» dejara de estremecerse.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Tania.

—No lo sé. No ha sido una explosión —dijo Pierre.

—Silencio —pidió Spark y su rostro se perló de sudor—; estoy aguardando la respuesta de «Nona».

—Impacto en el compartimiento de almacenaje —dijo secamente la computadora.

—¿Daños?

—Ningún daño, una mínima pérdida de presión que ha sido inmediatamente controlada.

—¿Qué diablos está ocurriendo? —inquirió Pierre, alarmado.

—No ha habido ninguna señal de ataque —dijo Burns—, la pantalla no registró ningún disparo.

—Es extraño... —murmuró Spark, con los músculos tensos.

—Atención, atención, alguien o algo ha entra do en la nave —dijo «Nona».

—¿Dónde está? —preguntó el comandante con sangre fría, reponiéndose al horror.

—En el sitio del impacto —replicó «Nona» escuetamente.

—Dame las características —ordenó Spark con urgencia.

—Material no programado. Temperatu...

Un silbido interrumpió el informe de la computadora. Burns manipuló con desesperación el teclado, pero no hubo respuesta.

—Algo ha neutralizado la computadora —dijo el operador con voz desfallecida.

—¡Santo Cielo! —gritó Dorian, acurrucándose en su butaca.

—Burns, aísla la cabina de control donde nos hallamos, utiliza los mecanismos manuales…

Burns saltó de su butaca para cumplir la orden.

—Escuchadme bien, todos vosotros —dijo Spark, poniéndose de pie—: es increíble y no tiene una explicación acorde con nuestro conocimiento, pero hemos sido abordados.

—¡Es imposible! —estalló Ramus.

—Quiero que Ramus y Pierre se ocupen de vigilar las naves alienígenas. No podréis contar con el computador para efectuar los disparos de modo que habréis de hacerlo como los antiguos artilleros, mecánicamente.

Burns regresó a su sitio.

—Cámara de control aislada —dijo brevemente.

—Bien. Tania y yo saldremos en busca de los invasores. Recorreremos la nave palmo a palmo. Dorian y Burns estarán en contacto con nosotros por las micro-radios. Mado, tú te ocuparás de asistirnos a todos. ¿Alguna pregunta?

—Sí, ¿qué piensas hacer cuando te encuentres con... lo que sea? —preguntó Ramus.

—Tendré que improvisar. ¿Algo más?

—Una sola cosa más —dijo Pierre—: volved sanos y salvos.

Spark sonrió levemente.

—Procuraremos componer el sistema de vigilancia mecánica del «Globe». Han debido neutralizar la computadora del mismo modo en que lo hicieron en Paradis. Pero no han hecho lo mismo con los instrumentos electrónicos que no dependen de «Nona». Estamos a merced de ellos si no conseguimos al menos saber qué ocurre en nuestra propia nave.

Tania y Spark se dirigieron hacia el panel de salida de la cabina de control.

—Una cosa más —dijo el comandante al llegar al panel—: quiero

que tengáis las armas al alcance de la mano. En caso de que no regrese, Pierre queda al mando.

Cogió a Tania del codo, atisbo brevemente a través de la abertura del panel y salió de la cabina.

Mado volvió a cerrar herméticamente, desde dentro.

—Dorian, ¿me escucháis correctamente? —preguntó Spark por la micro-radio.

—Perfectamente.

—Quiero que me tengáis al corriente de cualquier novedad, llevará el audífono de la micro-radio continuamente. Si nos topamos con algo o con alguien, no deseo que nos descubran a través de una llamada inoportuna. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —replicó Dorian.

Ante ellos se abría el pasillo vertebral del «Globe». Podrían tardar más de dos días en revisar personalmente toda la inmensa astronave y aun así no sabrían si lo que buscaban se iba desplazando de uno a otro sitio, esquivándolos.

—Comenzaremos por el sitio donde sufrimos el impacto —dijo Spark—, por el depósito de almacenaje.

CAPITULO IV

La cabina de control estaba ubicada en la nariz de la nave, en el piso intermedio. El compartimiento de almacenaje correspondía al último tercio posterior del «Globe» y comprendía parte de las tres plantas que dividían funcionalmente la enorme estructura.

Spark empuñaba el fusil láser con ambas manos. Iba encorvado junto al muro del largo pasillo vertebral. Tania, dos metros más atrás, pegada al muro opuesto, lo seguía con expresión alerta.

Llegaron a la intersección del pasillo con un pasadizo lateral que conducía al centro energético de la nave y se detuvieron conteniendo la respiración. Una luz débil y rojiza iluminaba escasamente los fríos corredores.

Spark miró rápidamente hacia ambos lados y luego hizo señas a Tania para que se reuniera con él.

—¿Todo en orden? —resonó la voz de Dorian dentro de su oído.

—Perfectamente —respondió Spark con voz apagada.

Cruzaron otras dos intersecciones y se detuvieron. Se hallaban aproximadamente en la mitad de la nave, a unos cuarenta metros del último tercio.

Ahora el corredor estaba flanqueado por innumerables sombras entre las instalaciones y los dos expedicionarios avanzaban con infinitas precauciones.

Un leve siseo detuvo a Spark. Tania casi chocó contra su espalda.

Era solamente un roce débil que provenía de más adelante, pero suficientemente audible como para comprender que no era un sonido normal.

—Está acercándose —musitó Tania junto al oído de Spark.

Se agacharon junto a un grueso tubo de refrigeración con el aliento paralizado en sus gargantas.

Entonces sucedió algo increíble.

Ante ellos, a una distancia de veinticinco metros, apareció Burns. Su rostro era apenas una sombra, Pero su cuerpo grueso y bajo era in confundible.

—¡Burns, por todos los demonios, qué haces aquí! —gritó Tania, poniéndose de pie.

Burns no replicó y continuó acercándose a ellos.

—¿Te ocurre algo? ¿Cómo has llegado hasta aquí? —insistió la joven dando un paso hacia él.

Spark reaccionó instintivamente. Cogió a Tania del mono y la

atrajo con fuerza hacia él, obligandola a echarse al suelo. En ese momento, Burns emitía un extraño fulgor y un rayo resplendeciente hendía el aire en el sitio donde un segundo antes había estado el cuerpo de la muchacha.

Spark apretó el disparador de su fusil. El rayo encontró el pecho de Burns, que pareció estallar sin un solo sonido para caer hecho un montón de chatarra sobre el piso reluciente del corredor.

—Pero... ¿por qué? ¿Por qué ha disparado contra nosotros? ¿Qué...?

Spark sacudió a Tania por los hombros, interrumpiendo la serie de interrogantes que atosigaban su cerebro.

—No era Burns, cariño. Ven, acerquémonos.

Siempre alerta, Spark cogió a la muchacha de un brazo y ambos se aproximaron a los restos humeantes.

Era solamente un amasijo de circuitos y placas biónicas ennegrecidas por el impacto del láser.

—Es un robot —dijo Spark.

Tania se llevó la mano a la boca y ahogó un gemido de horrorizado estupor.

—¿Cómo lo supiste?

—Reaccioné instintivamente —confesó Spark—, pero de algún modo mi cerebro comprendió que era ilógico que Burns hubiese llegado hasta allí. ¿Cómo podía hacerlo? Teníamos que haberlo visto.

—Oh, Rom, Rom, es alucinante —gimió Tania, tensa, apretando su propio fusil contra el pecho y mirando angustiada los despojos humeantes.

—Tenemos que seguir —dijo Spark.

—¿Todo en orden? —preguntó Burns por la micro-radio.

Tania escuchó la voz conocida del operador en su audífono y superó inmediatamente el shock que la había aturdido.

—Sí —replicó Spark—acabamos dé matarte, Burns.

—¿Qué has dicho?

—Un robot exactamente igual a ti apareció ante nosotros. Tania se salvó por milagro de su disparo. Yo acabé con él. Son seres biónicos. Continuamos adelante.

—Tened cuidado, no os arriesguéis sin necesidad —dijo el operador visiblemente ofuscado.

—Lo tendremos —dijo Tania.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Spark, acariciando el cabello de la muchacha.

—Sí, no te inquietes por mí.

Spark observó los cabellos descoloridos y suaves de Tania y pensó Cuánto habían cambiado las cosas en los últimos diez días poco más o menos. La vida paradisíaca en el planeta tropical se había quebrado bruscamente ante la aparición sorpresiva de los alienígenas.

—No comprendo qué es lo que se proponen —dijo Tania, clavando sus ojos dilatados en el rostro duro de Spark.

—Lo averiguaremos, pequeña —replicó el comandante.

Prosiguieron andando por el corredor de luz mortecina hacia la compuerta blindada que comunicaba con el compartimiento de almacenaje.

Se detuvieron ante la sólida masa de metal. Estaba firmemente cerrada.

Tania lo miró perpleja.

¿De dónde salió el robot biónico?

¿Cómo saberlo? Su tecnología es un misterio para nosotros. Algo es cierto, no obstante: no desean matarnos.

Tania cogió el rostro del hombre entre sus manos; su expresión se había descompuesto visiblemente.

—¿Cómo puedes decir eso. Rom? Ese robot disparó contra mí. Fue un milagro que no me alcanzara.

Lo sé —admitió el comandante—, pero ese rayo deslumbrante chocó contra el techo del corredor y no produjo ningún daño. Su efecto no era destruirte.

Spark besó los labios trémulos de la joven y se dispuso a abrir la compuerta.

—Dorian, vamos a entrar al depósito —dijo sordamente por el micrófono de la micro-radio, prendida al cuello de su mono.

—Entendido —replicó la mujer, y Spark pudo sentir en su cuerpo el temor de aquella voz apagada que llegaba a su audífono.

Operó manualmente el cierre mecánico y se hizo a un lado mientras la poderosa compuerta se deslizaba suavemente sobre un raíl.

La misma luz mortecina suspendía el enorme almacén en una penumbra oprimente. Spark extrajo una linterna de su cinturón,

comprobó la carga de su pistola láser y la devolvió a la funda. Apretó entonces el fusil y entró rápidamente. Tania se reunió con él, y ambos permanecieron pegados a la pared metálica.

Spark dejó la linterna en el suelo, se alejó dos pasos y con el extremo del fusil la encendió al mismo tiempo que se echaba hacia atrás.

El haz hendió la penumbra y dio de lleno contra una figura alta y poderosa. Tenía el aspecto de un gigante mecánico, de largos miembros metálicos, un torso transparente que permitía ver los circuitos que accionaban sus movimientos y un enorme testuz pentagonal, igualmente traslúcido, donde se habían implantado dos esferas rojizas unidas a una masa gelatinosa y gris que parecía flotar en un líquido incoloro.

—¿Un robot? —musitó Tania junto a su oído.

— No es un ser natural, si es eso lo que quieres decir, pero observa su cabeza. Parece contener una especie de cerebro en suspensión.

El robot dio un paso al frente. Spark en mudeció.

—Nos detecta por la vibración de la voz —dijo el hombre.

El robot dio otro paso y se detuvo.

Spark alzó el fusil y apuntó al testuz pentagonal, justo en medio de las dos esferas rojas, brillantes como ojos demenciales en el haz de luz de la linterna.

El disparo estalló ante la cabeza sin causar ningún daño. Las esferas rojas cambiaron de posición y el hombre mecánico avanzó hacia ellos. Sus largos brazos parecían aspas en cuyos extremos las manos eran tenazas articuladas y filosas.

Spark disparó a las piernas del robot pero el láser no llegó a su destino; una película defensiva e invisible rodeaba el cuerpo perfecto de la máquina.

Spark cogió la mano de Tania y comenzó a desplazarse junto a la pared, alejándose del avance metódico y preciso del robot. Llegaron junto a una pila de enormes cajas y se detuvieron.

—Ven, treparemos por las cajas.

Tania se dio la vuelta. El robot estaba a poco menos de diez metros, guiándose en la penumbra, fuera del haz de la linterna, aproximándose a los dos expedicionarios.

Treparon rápidamente la montaña de embalajes y, desde arriba,

observaron el enorme testuz del hombre mecánico, detenido junto a los bultos, cuatro metros más abajo.

Spark vio entonces la fina película que rodeaba al robot, una película que se interrumpía sobre su cabeza. Allí, una corta antena sin protección permitía que sus circuitos recibieran las ondas que guiaban su marcha.

Tania llegó a la misma conclusión que Spark.

Alzó su fusil, apuntó hacia abajo e hizo impacto en la pequeña antena vibrátil. Fue un disparo breve y preciso. El láser destruyó aquel censor vital y el hombre mecánico se detuvo. Paralizado súbitamente como una estatua cibernética.

—Buen disparo —la felicitó el comandante.

Desde aquella posición, pudieron observar gran parte del depósito. No había ninguna señal de movimiento. El silencio era total, salvo por el levísimo rumor de los poderosos motores atómicos latiendo en las entrañas del «Globe».

—Tenemos que llegar hasta el sitio preciso en que sufrimos el impacto. No creo que hayan dañado la nave. Seguramente han utilizado sus medios para introducirse por la escotilla de carga y descarga. «Nona» sólo detectó una pequeña pérdida de presión que fue subsanada inmediatamente.

—Están jugando con nosotros —dijo Tania.

—Hemos sido entrenados para enfrentarnos a este tipo de juego, Tania, sólo que jamás habíamos tenido posibilidad de practicarlo.

Se movieron cuidadosamente por la cima de aquel conjunto de bultos minuciosamente embalados en sus coberturas de aluminio sintetizado y cubiertos con placas de silicio para resistir cualquier cambio de temperatura.

Habían recorrido sólo unos pocos metros cuando el haz de la linterna que Spark había dejado junto a la compuerta de acceso se apagó súbitamente.

Tania se detuvo y aferró el brazo del comandante.

—Alguien la ha apagado —dijo la muchacha.

—Están cerrándonos el paso la única vía de salida.

—Estoy asustada — confesó la mujer, apretándose contra él.

—Yo también, pequeña, pero saldremos adelante. Confía en mí.

Pero eran sólo palabras. Tania sabía perfectamente que la confianza en Spark, indiscutible, se enfrentaba con una fuerza

incapaz de predecir.

—Quédate aquí, yo iré a echar un vistazo. No utilices tu linterna y no hagas el menor ruido. ¿De acuerdo?

—Quiero ir contigo.

—Uno de los dos debe estar en condiciones de ayudar al otro. Hazme caso, Tania.

No le dio tiempo a replicar; cogió el fusil y se alejó saltando de bulto en bulto, ocultándose entre las pilas ordenadas del monstruoso depósito.

Tania se estiró sobre los cajones, de bruces, con el fusil dispuesto y procuró horadar la penumbra en busca de una señal de alarma.

Spark se había perdido de vista.

El compartimiento de almacenaje tenía más de dos mil metros cuadrados y su altura era casi la misma que la del «Globe»: cuarenta metros. No estaba completamente lleno y los grandes espacios vacíos convertían a Spark en un blanco perfecto mientras se aproximaba a las gigantescas escotillas de carga.

Frente a aquella entrada, que comunicaba con una gran cámara de comprensión, divisó un bulto que no pertenecía al cargamento de la nave.

Era un cilindro oscuro envuelto en la misma película defensiva que rodeaba al robot. Una luz amarillenta y difusa confería una claridad fantasmagórica al interior del extraño ingenio.

Spark se acercó con cautela. El cilindro, de pie, era dos veces más alto y debía medir tres o cuatro metros de diámetro. En su parte media, una franja de material transparente permitía observar el interior.

Se asomó para echar una mirada, procurando no tocar la película defensiva.

Un rostro, a pocos centímetros de él, tras el material transparente, lo observaba fijamente.

Spark sintió la mirada como un arpón que hurgara en medio de su cerebro.

Era un rostro apergaminado, grisáceo, viejo y arrugado. Un rostro que podría ser humano. Ojos vidrioso e inteligentes implantados en una frente amplia limitada por una especie de cofia plateada que cubría las orejas y parte del cuello del alienígena.

La nariz era recta y demasiado larga. Los labios parecían una

simple ranura prieta sobre el mentón puntudo.

Spark quedó fascinado ante aquella expresión inteligente y anciana que se adhería a él como una alga saprofita.

El alarido la arrastró fuera de la fascinación.

Había sido un grito demencial, estridente, agudo y breve. Había sido un aullido animal, y Spark reconoció en aquel grito espantoso la voz de Tania.

Se volvió como un gladiador acorralado. Sus músculos entrenados presionaron contra el plástico flexible de su mono y se puso en movimiento

Recorrió a grandes zancadas el espacio que rodeaba aquel cilindro extraño hasta alcanzar la primera montaña de bultos, trepó ágilmente y saltó de uno en otro hasta llegar al sitio donde había dejado a la muchacha.

No había nadie. El sitio estaba desierto. El fusil de Tania yacía junto al borde, sobre un inmenso cajón metálico.

Procuró horadar la tiniebla rojiza del compartimiento de almacenaje. Todo parecía quieto y silencioso. Sólo el rumor continuo de los motores atómicos, como una marea detenida.

No podía quedarse allí. Algo estaba sucediéndole a la mujer. Una sensación de angustia se mezcló con la furia incontenible que comenzaba a ganar su voluntad.

Saltó al suelo y corrió velozmente, sin cautela, hacia el sitio donde se hallaba la compuerta de entrada. Estaba cerrada y su linterna, apagada, yacía a un lado, aplastada. Algo, o alguien, la había convertido en chatarra.

Se detuvo para recobrar el aliento y poner en orden sus pensamientos. No conseguiría nada de aquel modo. Sólo entonces tuvo conciencia de que no se había comunicado con el centro de control desde hacía mucho tiempo.

—Burns... Dorian... —llamó con voz apagada.

Silencio.

—Dorian, ¿estáis ahí?

El silbido monocorde del receptor fue elocuente. Nadie escuchaba sus palabras.

Insistió todavía un par de veces antes de convencerse que algo había ocurrido en la cabina de mando.

Apoyó la espalda contra la compuerta y levantó el fusil afirmando

la culata contra la cadera.

Aun cuando hubiesen podido tomar la cabina de mando, Burns o Dorian tendrían que haber emitido alguna señal de alarma por el transmisor. Su micro-radio funcionaba perfectamente. Algo era seguro, no obstante: Tania continuaba en el compartimiento de almacenaje. No habían tenido tiempo de sacarla antes que él llegara junto a la compuerta.

Un roce metálico se escuchó en el centro del depósito. Era un sonido frío y creciente. Algo se aproximaba.

Un pensamiento espontáneo lo invadió: el robot. El robot que Tania había paralizado junto a la pila de embalajes no estaba allí cuando él inspeccionó el lugar.

Todo había ocurrido demasiado aprisa como para poder reflexionar con calma. Levantó el fusil y se acuclilló contra la puerta, procurando ofrecer el menor blanco posible.

El sonido arrastrado y áspero continuaba aproximándose.

La luz rojiza de la estancia creaba una atmósfera oprimente y aséptica.

Entonces lo vio.

El robot surgió de entre dos pilas de bultos, como un fantasma improvisado.

Spark contuvo la respiración y apuntó cuidadosamente al hombre mecánico por encima del testuz. Tenía que alcanzar la antena: de lo contrario, acabaría despedazado entre las garras metálicas de sus extremidades.

A medida que se acercaba, fue distinguiéndolo con mayor precisión. Ya no era una sombra, y entonces pudo descubrir, espantado, que no llegaba solo.

Entre sus brazos duros y platinados sostenía el cuerpo inmóvil de Tania.

Lentamente, Spark bajó el fusil y comenzó a ponerse de pie.

El extremo de la antena vibró sobre la cabeza globosa del robot y las dos esferas rojas, unidas a la masa gelatinosa, siguieron cada uno de sus movimientos.

El robot se detuvo.

Spark dejó el fusil a un lado y levanto ambas manos con las palmas hacia arriba. Si Tania continuaba con vida él haría cuanto estuviese en sus manos para salvarla.

Si Tania había muerto… desechó aquella idea atroz y miró fijamente las dos bolas oculares. Comprendió rápidamente que aquellas esferas debían transmitir su imagen al cilindro y que el hombre anciano y apergaminado era quien dirigía a aquel monstruo cibernético.

—¿Entiendes mi idioma? —preguntó con voz firme.

El robot continuaba inmóvil.

—¡Responde! —ordenó el comandante.

Las esferas rojas se encendieron brevemente y el hombre mecánico se inclinó delicadamente hasta dejar junto a sus pies el cuerpo de la joven.

—No tenemos intención de crear problemas—prosiguió Spark—; somos expedicionarios pacíficos.

El robot se irguió otra vez. Tania continuaba inconsciente, o… muerta.

La idea volvió a asaltar a Spark, que apretó las mandíbulas procurando deshacerse de ella.

—¿Qué queréis de nosotros? —preguntó haciendo un esfuerzo para que su voz tuviera un timbre normal.

El robot dio un paso hacia atrás. Los dos brazos pendían junto a su cuerpo, inertes.

Spark se adelantó; sentía su cuerpo enervado y dispuesto. Podría haber luchado físicamente, cuerpo a cuerpo, contra aquel aparejo mecánico si lo exigía la situación. Su paciencia había durado el tiempo suficiente como para que el ingenio se apartara de la muchacha. Ahora jamás permitiría que volviese a cogerla entre sus garras.

El robot levantó uno de sus brazos y una uña afilada como un estilete brilló en el extremo.

Spark se detuvo en seco. El robot se arrodilló junto a Tania y aproximó el estilete a su cabeza.

Spark lanzó un grito y se abalanzó sobre él. El hombre mecánico lo miró desde la superficie de sus ojos globosos y un rayo pálido surcó le penumbra del depósito y alcanzó al comandante en la cabeza.

Spark sintió que su cuerpo flotaba en una atmósfera pesada y lenta. Sus músculos dejaron de responderle y sólo sus sentidos permanecieron alerta. Desde su situación estatuaria, inmovilizado y

desesperado, vio cómo el estilete se aproximaba lentamente al lóbulo occipital de la muchacha que amaba.

CAPITULO V

Spark podía escuchar el bramido de su sangre, prisionera en su cuerpo congelado, ante la inevitable agresión del hombre mecánico.

Todo su mundo ordenado y perfecto se desplomó en un segundo, abatido por la impotencia. La mujer que amaba estaba inconsciente ante él, a pocos pasos, ante el brazo feroz y cruel del robot.

La afiladísima punta del estilete desapareció tras la cabeza de la muchacha. Spark ni siquiera pudo cerrar los ojos. El robot retiró el brazo, se irguió como una marioneta viva y dando media vuelta, desapareció entre las pilas estibadas.

Un minuto más tarde, Spark recobró el dominio de sus músculos. Se abalanzó sobre Tania en el momento exacto en que la muchacha abría los ojos para clavarlos perpleja en el rostro angustiado del hombre.

—¡Santo Cielo, creí que te había matado! —exclamó Spark apretándola entre sus brazos.

—¿Qué... qué ocurrió?

—El robot... —comenzó a explicar Spark.

—Sí, ya recuerdo —dijo Tania, echando una mirada temerosa a su alrededor—, estaba aguar dándote cuando sentí que algo me cogía desde atrás. Fue espantoso. De algún modo el robot se había repuesto y trepado a la pila. Lo hizo sin un solo ruido. Creí que me destrozaría entre sus brazos, pero sólo me cogió y sus ojos... esas bolas rojas... se clavaron en mí. Después... creo que grité y ya no puedo recordar nada más.

—Pues te trajo hasta aquí, te depositó en el suelo y, luego, con una de sus manos afiladas, se inclinó sobre ti. Creí que iba a matarte y me abalancé sobre él. Me paralizó con un rayo que salió de alguna parte de su testuz. Entonces tocó algo en tu cabeza y se alejó.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Un par de minutos.

—Pero... ¿por qué? No lo entiendo.

—Yo tampoco —repuso Spark.

Se pusieron de pie y retrocedieron hasta la compuerta de acceso al depósito. Continuaba cerrada.

—Burns —dijo Tania.

—Nadie contesta a mis llamadas en la cabina de control —dijo fríamente Spark.

—¡Los han cogido! —gritó Tania.

—Tenemos que ir hasta allí —reflexionó Spark—; hay algo que no consigo comprender en la actitud de los alienígenas.

Tania lo observó detenidamente. Dos profundas arrugas surcaban las mejillas del comandante y se hundían en la comisura de sus labios como severas cuchilladas.

—¿Qué has descubierto? —preguntó la muchacha.

—Hay una especio de nave cilindrica en el otro extremo del depósito. Llegué hasta allí y vi un hombre dentro. Un hombre viejo, de rostro curtido y arrugado.

—¿Un hombre?

—Sí, fue entonces cuando escuché tu grito y salí disparado.

En ese instante la compuerta se abrió sordamente y Spark giró sobre sus talones, alzando el fusil que volvía a apretar entre sus manos.

—No hay nadie —dijo en voz muy baja—, ellos lo dominan todo.

—Tal vez nos estén probando —murmuró Tania como si hablara consigo misma.

—¿Por qué dices eso?

—No lo sé, pero está claro que podrían habernos eliminado desde un principio.

—Sí, tienes razón. Tal vez sólo pretendan estudiarnos, hacerse una idea de qué tipo de seres somos, de cuáles son nuestras reacciones...

—Vámonos de aquí, Rom —suplicó la joven—: tenemos que saber qué ocurrió con los demás.

—Vamos —convino Spark, cogiéndola de la mano.

Atravesaron la gruesa compuerta y no habían dado más que unos pasos cuando la pesada escotilla volvió a cerrarse a sus espaldas.

Spark y Tania se detuvieron.

La nave comenzó a vibrar imperceptiblemente y luego sintieron un golpe seco y breve en el fuselaje.

—Se han marchado — dijo Spark.

Tania tenía el rostro descompuesto, pálido y ojeroso.

—Misteriosamente, tal como llegaron —dijo con tono frío y

pensativo.

—Vamos, tenemos que componer los circuitos afectados; jamás conseguiremos largarnos de aquí si no encontramos el modo de que «Nona» vuelva a la vida.

Ahora no se detuvieron a explorar los pasillos laterales, se limitaron a correr como poseídos por el ancho corredor que cruzaba el «Globo» como una espina dorsal.

Ante la cabina de mando, se detuvieron indecisos.

Spark accionó el mando mecánico de apertura y el panel se deslizó obedientemente.

La cabina estaba vacía. No había signos de lucha ni señales de desorden. Era solamente una habitación muda.

—¡Es increíble! —exclamó Tania.

—¿Por qué? Desconocemos el alcance de su tecnología. Pueden haberlos llevado al cilindro del depósito en algún momento o sacado de la nave por la escotilla principal en algún ingenio que desconocemos.

Tania se precipitó hacia el compartimento donde guardaban los trajes espaciales.

Faltaban cinco.

—Será una lucha dura —dijo Spark, acercándose a «Nona».

Tomó asiento en su butaca y presionó, como simple comprobación, el censor que ponía en actividad a la computadora. Una luz azul titiló en lo alto de la pantalla y la voz grave, metálica, impersonal de «Nona», como la voz más maravillosa del mundo, resonó en la cabina del «Globe»:

—Circuito activado. Aguardo instrucciones.

—¡Funciona! —gritó Tania, estirándose hacia adelante en su butaca, llevándose las manos a la boca.

—«Nona», dame tu situación —pidió Spark, pulsando a la vez el teclado de la computadora.

—Circuitos interiores de la nave: intactos. Circuitos de vuelo: anulados —replicó inmediatamente y en la pantalla aparecieron detalladamente las placas decisorias que habían sido neutralizadas.

—Estamos detenidos —dijo Spark, leyendo los guarismos—, no podemos movernos. Tenemos total autonomía en lo que se refiere a la nave, sólo que somos incapaces de reanudar el viaje.

Tania se recostó en su butaca, pensativa.

—¿Qué crees? —preguntó Spark.

—¿Qué esperarán ellos que creemos? —preguntó ella a su vez.

Spark se puso de pie y dio algunos pasos por la cabina.

—Sea lo que sea lo que esperen de nosotros, no haremos nada inmediatamente, salvo comprobar que ya no hay vestigios extraños dentro del «Globe».

Spark regresó a su butaca y pulsó el censor de la computadora.

—«Nona» —dijo suavemente—, quiero que controles cada rincón de la nave y detectes cualquier elemento extraño.

—Recibido —replicó «Nona».

Durante los siguientes cinco minutos, «Nona» repasó una a una todas las secciones de la gigantesca cosmonave. En todos los casos la respuesta fue negativa: no había ningún signo extraño. Era como si los alienígenas sólo fuesen una maligna alucinación, pero una alucinación que había hecho desaparecer a cinco miembros de la tripulación.

—Búscalos en el radar, Tania.

La muchacha operó la pantalla y allí, en las mismas coordenadas galácticas, las dos naves extraterrestres parecían flotar en la inmensa negrura del firmamento.

—Siguen allí. Rom.

Observaron durante algunos segundos la pantalla. Lentamente, la nave que había avanzado hacia ellos comenzó a alejarse.

—Se está moviendo —dijo Tania.

—Regresa a la nave madre con los cautivos, eso es todo.

La voz de Stark era firme y segura.

—¿Qué harán con ellos?

—El próximo paso lo debemos dar nosotros, cariño.

* * *

—¿Cuándo? —preguntó la muchacha.

—Mañana; ahora debemos descansar.

Tania lo miró con cariño. Se acercó a él y se apretó contra el cuerpo duro y tenso del hombre.

—Necesito estar contigo —dijo en un murmullo.

Se encaminaron abrazados hasta el panel de la cabina de control que comunicaba con la sección de reposo. Spark entró a la cámara

que compartía con la muchacha.

Bebieron una dosis doble de caldo nutritivo y se desvistieron con lentitud. Cada uno de ellos perdido en el laberinto de ideas que pululaban enloquecidas por los cerebros atosigados.

Spark se dejó caer desnudo sobre el lecho y estiró los músculos tensos.

Tania dejó que el mono se deslizara sobre su piel cobriza y quedara anudado a sus pies como un animal doméstico.

—Déjame observarte, amor —dijo Spark—: eres lo único benigno en esta nave quieta.

Con movimientos deliberadamente lentos, la mujer se acercó al lecho y permaneció de pie junto al comandante.

Spark estiró la mano y acarició la rotunda tersura de los muslos. Cuando levantó la vista, las pupilas de Tania brillaban ardientemente en la penumbra de la estancia.

—Somos todavía como los hombres de la edad de piedra —dijo Spark, paseando la mano áspera sobre la piel afiebrada de la joven—: ante las situaciones de peligro, de misterio, nos recluimos en nuestras cuevas y buscamos el calor humano.

Tania se recostó sobre el cuerpo del hombre y abrigó con sus formas cálidas y voluptuosas la carne enervada de Spark.

—Me gusta tu modo de pensar en nuestro pasado —dijo con voz sensual y apagada.

—Jamás creceremos del todo, pequeña.

—Pues, a mí me gusta tal como somos; déjalo todo en mis manos y, si tienes alguna duda de lo que digo, yo me ocuparé de disiparla.

Spark cerró los ojos. Al principio, pensó que no era posible pasar así, tan violentamente, de una situación horrorosa a un paisaje tierno y excitante. Luego, bajo la pericia de la mujer, comprendió que sí había un modo de tomar contacto con la realidad que necesitaban; ese modo era uno solo: el abrazo, la caricia, la estrecha unión de los cuerpos, la única manera de sentirse hombre y mujer en medio del cosmos expectante.

El ronroneo de los motores atómicos era la única música audible en el espacio infinito. La única música que necesitaban.

Spark sucumbió a la conquista firme y tibia de la hembra, reaccionando delicadamente a sus caricias profundas y ávidas, envolviéndola con su propio calor.

Afuera, en el vértice que marcaban las coordenadas de «Nona», la nave alienígena parecía aguardar pacientemente bajo un cielo oscuro, de estrellas desconocidas.

CAPITULO VI

Estaban sentados en silencio ante la magnífica computadora. «Nona», como un animal obediente y lisiado, sólo podía prestarles la mitad de sus poderes. Los alienígenas habían neutralizado su capacidad de verificar, controlar y ejecutar las directrices de vuelo. Ahora, «Nona» no era más que un sabio todopoderoso obligado a permanecer en una posición estática, víctima de una enfermedad de etiología desconocida.

—Hay dos posibilidades —dijo Spark—: o nos quedamos aquí y aguardamos una reacción por su parte, o tomamos la iniciativa y pasamos al ataque.

—¿Qué habrá ocurrido con Pierre y Mado, con Ramus y Dorian? ¿Qué será de Burns?

—Es inútil pensar en ello, Tania.

—Debemos hacerlo. Si decidimos ir hacia la nave alienígena, podemos forzar su suerte. Si están vivos, los utilizarán contra nosotros. Estamos en sus manos.

—Estamos en sus manos de todos modos —dijo Spark, pensativo.

Tania programó a «Nona» y le planteó todos los interrogantes que le impedían aceptar una u otra alternativa.

«Nona» elaboró la información y replicó al instante:

—Decisión personal. Corresponde al comandante de la nave resolver en consecuencia.

Spark miró a la mujer. Una sonrisa fatigada y comprensiva distendió su rostro.

—Estamos igual que antes —dijo.

—No —lo alentó la muchacha—, ahora sabemos que el problema depende exclusivamente de ti. «Nona» ha dejado la resolución en tus manos. Nadie podrá reprocharte nada si fracasas.

—Ya lo he decidido, amor.

—Iremos allá, ¿no es eso? Estás furioso. No quieres admitirlo, pero te han succionado toda la paciencia. Quieres ir a la nave, saber qué ocurre con nuestros compañeros y enfrentarte con ellos sean quienes sean. Te conozco, Rom. Hace años que esperabas esta oportunidad. Eres ingeniero espacial, pero fundamentalmente eres un soldado profesional. Jamás has dejado de serlo. Tú sabías la respuesta de «Nona» y, sin embargo, no me has impedido consultarla.

Tania se puso de pie y paseó largo rato por la estancia. No podía dejar de considerar el hecho de que prácticamente desconocían todo lo relativo a los extraterrestres. Un solo dato permitía aventurar una mínima esperanza: no los habían matado, y habían tenido innumerables oportunidades de hacerlo.

—Sé lo que piensas, cariño —dijo Spark con dulzura.

—No te reprocho nada, Spark. No me opongo a tu decisión y tampoco me gustaría estar en tu lugar. Temo decidir sobre la vida de los demás.

—Escúchame, chiquilla.

Tania detuvo su paseo de leona prisionera y lo miró a los ojos.

—Jamás hemos tenido que enfrentarnos a algo así. Excepto en la Tierra, durante los entrenamientos, nuestra vida ha sido siempre algo estrictamente planificado. La computadora ha podido resolver los imponderables y sólo actuamos bajo condiciones previsibles. Para mí tampoco es fácil; sin embargo es una oportunidad de obrar como lo que somos en realidad: seres humanos con posibilidad de discernimiento. Contamos con el conocimiento y la ayuda de «Nona». Haremos lo mejor que podamos. ¿De acuerdo?

Tania sintió el calor de las lágrimas en sus pupilas dilatadas. Se acercó lentamente a Spark y lo abrazó con fuerza.

—Lo siento —dijo—; haré lo que tú digas.

—Harás algo más, pequeña. Estarás de acuerdo conmigo. No harás nada que no sientas. No podemos empezar nuestra operación con dudas o desconfianzas. Creo que tú tenías razón, están probándonos. Y si es así, lo que nos jugamos no es solamente el destino del «Globe» y su tripulación.

Tania se apartó de él para indagar en el rostro severo del hombre.

—¿Qué quieres decir?

—Que quizá lo que esté en juego sea la Tierra misma, la Unión Planetaria, la Confederación Galáctica. Todo lo que hemos construido en los últimos siglos.

* * *

Durante todo el día, plantearon una serie infinita de problemas a la paciente consideración de la computadora. Revisaron cien veces los detalles de la operación que había ideado Spark y con la ayuda práctica y el sentido común de Tania consiguieron finalmente acabar con todos los inconvenientes. Ahora sólo dependía de la respuesta de los alienígenas, y tendrían que improvisar sobre la marcha.

—Todo en orden —dijo Tania.

—Bien, ahora debemos preparar los señuelos.

Rellenaron dos trajes espaciales con fibra de vidrio y les transfirieron una carga magnética.

—Si sus instrumentos de detección operan electromagnéticamente, se confiarán. No podemos contar con ello absolutamente, pero los distraerá lo suficiente como para darnos algo de tiempo.

Los dos muñecos fueron introducidos en un pequeño cohete de exploración y éste —programado por «Nona»— estuvo listo para ser guiado por control remoto.

En el compartimiento de carga del pequeño cohete, Tania dispuso un sitio para ellos y las armas.

Spark, entretanto, se ocupaba de alistar un segundo cohete, que iría vacío y que, si el plan resultaba operativo, serviría para que todo el grupo regresara al «Globe».

Cuando las dos pequeñas naves estuvieron dispuestas, regresaron a la cabina de comando.

Todavía tenían mucho que hacer.

«Nona» fue programada para que se ocupara por sí sola del mantenimiento del «Globe» y controlara que los poderosos ingenios atómicos estuvieran en condiciones de emprender una marcha apresurada.

—¡Spark!

El hombre se volvió rápidamente ante el grito de la muchacha.

—La nave alienígena… se está aproximando —dijo Tania, con los ojos fijos en la pantalla del radar.

—Quieren estimularnos para que tomemos alguna iniciativa —dijo Spark y luego, reflexivamente, añadió—: Si estamos en lo cierto, se detendrán más o menos en el sitio en que se detuvo antes la nave menor.

Mientras Tania observaba atentamente el movimiento de los alienígenas, Spark extrajo una tarjeta perforada del mono que llevaba y la introdujo silenciosamente en una ranura especial de la computadora. Sobre la ranura, en letras voluminosas y de color rojo, podía leerse: «Máxima Seguridad».

Luego, regresó junto a la muchacha y observó el desplazamiento del navío extraterrestre.

—Se ha detenido —dijo Tania, volviéndose hacia él.

—Es lo que había supuesto. Su proximidad nos favorece. Ahora todo lo que tenemos que hacer es modificar los guarismos de loa cohetes y adecuarlos a la nueva distancia.

Tania se ocupó de ello.

Cuando se puso de pie, Spark la aguardaba sosteniendo el traje espacial de la muchacha.

—Vamos —dijo—, no tenemos tiempo que perder.

Tania percibió una nota de atención en la voz del comandante. Se abstuvo de hacer comentarios. Reconocía en el hombre su disposición para la acción.

Cuando ambos estuvieron vestidos con los resistentes trajes de paseo espacial, se ajustaron los cinturones de maniobras. En ellos llevaban una pistola, una linterna y una minicomputadora con la que poder mantenerse en contacto con «Nona».

—Prueba el emisor-receptor de tu casco —ordenó Spark.

—¿Me escuchas bien? —preguntó ella, terminando de asegurar el enorme casco translúcido.

—Perfectamente. Ahora quítate el casco.

—¿Quitármelo? —preguntó la mujer, sin comprender.

Spark la miró fijamente.

Tania se quitó el casco mientras él hacía lo propio.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Quiero darte un beso de despedida, amor —dijo Spark.

El beso fue un chispazo estremecedor que recorrió sus cuerpos tensos.

—Ahora puedes volver a colocártelo —ordenó Spark, asumiendo nuevamente el tono imperativo.

Detrás de aquella escafandra transparente, el rostro precioso y moreno de Tania parecía todavía más sugestivo.

—Vamos —dijo Spark por el emisor.

Antes de salir de la cabina de mando, Spark echó un último vistazo a la pantalla de radar. La nave alienígena estaba en el mismo sitio, colgada de la noche inmensa.

Recorrieron el pasillo que los conducía al sector de despegue.

Los dos cohetes gemelos parecían aguardar una orden para saltar al infinito, impulsados por sus potentes turbinas atómicas.

Spark cerró tras él la compuerta y dispuso los mecanismos de descompresión. Ayudó a Tania a introducirse en el incómodo compartimiento de carga del primer cohete y luego él mismo se tendió a su lado.

Aguardaron unos minutos hasta que en su pequeña minicomputadora apareció el guarismo que señalaba el momento de la partida.

—Aquí vamos —dijo Spark por su emisor.

Sintió los dedos de Tania aferrados a su brazo. El cohete saltó hacia el espacio abierto y negro como un mastín rabioso. La fuerza de la inercia hizo que los cinturones de seguridad se hundieran en sus cuerpos. Lentamente la presión cedió y Tania lanzó un profundo suspiro.

Spark miró nuevamente su minicomputadora. Cuando se hallaran a mitad de camino de la nave extraterrestre, el segundo cohete entraría en la fase de despegue.

De acuerdo con los cálculos, no tardarían más de una hora

terrestre en llegar a destino.

—No hablemos a menos que sea imprescindible, amor —dijo Spark—; hemos de ahorrar el oxígeno de nuestros trajes. No sé cómo respirarán ellos, pero si necesitan el mismo oxígeno que nosotros no lo descubriremos hasta que no entremos en su nave.

—De acuerdo —replicó Tania.

Tendidos allí, en el estrecho habitáculo del cohete, los cuerpos pegados el uno contra el otro, sujetos con los resistentes cinturones de seguridad, podían sentir una intimidad oprimente y angustiante.

A través del material fuerte y elástico de los trajes espaciales, adivinaban el tumultuoso torrente de la sangre, impulsado por la excitación de la aventura, del temor y del contacto febril de los cuerpos.

Spark estiró el brazo y su mano se apoyó suavemente en el vientre de la mujer.

Tania cubrió aquella mano con las suyas y cerró los ojos.

Una nueva época estaba comenzando, una época de la que ellos y los alienígenas eran los únicos protagonistas, detenidos en un punto remoto del espacio sideral, compartiendo su identidad de seres inteligentes y luchando por descubrir las posibilidades de aquel abismo insondable y demencial.

Tania se relajó y durante algunos minutos dormitó ligeramente, obligada por la tensión de las últimas horas.

Spark consultó la minicomputadora. En aquel preciso instante, el cohete gemelo estaría aprestándose para el despegue y, cuando ellos llegaran a la nave extraterrestre, saldría con el mismo rumbo, para confundir el control de los alienígenas.

Media hora. Ya estaban allí, dentro del espacio que dominaba la inmensa nave oval, oscura y pulida.

A través del visor del cohete, Spark vio la mole monstruosa y detuvo las turbinas de su vehículo. Una poderosa fuerza de atracción modificó entonces el rumbo del cohete y lo guió lentamente de forma precisa hasta una compuerta abierta en su flanco.

Spark apretó la empuñadura de su pistola láser.

Tania, a través del casco, lo miraba intensamente. Ya no había temor en sus ojos maravillosos, sólo la decisión inquebrantable de la expedicionaria entrenada.

Spark sonrió para sí y volvió a mirar por el visor en el preciso

instante en que el cohete se posaba suavemente dentro del vientre iluminado del navio alienígena.

Tras ellos, la compuerta de acceso se cerró sin un sonido.

Spark contuvo la respiración.

Dos robots similares al que habían enfrentado en el «Globe» se aproximaron rápidamente a la minúscula nave de exploración.

Tania apretó la mano del hombre.

No era un gesto de aprensión, era un gesto de apoyo.

Los robots abrieron las escotillas del cohete y estiraron sus poderosos brazos metálicos hacia los muñecos ataviados de astronautas.

Spark miró la minicomputadora. En aquel momento, el segundo cohete se desprendía del «Globe» y emprendía el mismo camino que ellos.

CAPITULO VII

Desde el compartimiento de carga, Spark y Tania pudieron observar los movimientos de los dos hombres mecánicos.

Cogieron con sus precisos brazos biónicos a los dos muñecos ataviados de astronautas y los transportaron con delicadeza hacia el final del inmenso vientre donde se había aposentado el cohete, forzado por la atracción de la nave extraterrestre.

Spark se volvió hacia Tania; la muchacha observaba atentamente las evoluciones de los robots.

De pronto, algo detuvo el paso estricto de los robots.

—Lo han descubierto —dijo Spark, modulando las palabras dentro de su casco.

Tania asintió sin quitar la mirada de la escena que se desarrollaba a pocos metros.

Los punzones y tenazas que utilizaban los hombres-mecánicos como si fuesen manos, estaban desvistiendo con infinito cuidado a los dos supuestos astronautas.

Les quitaron los trajes espaciales y la escafandra como si en realidad estuvieran realizando una operación quirúrgica. No había ningún signo de violencia en ellos; sólo eficacia y celeridad.

Cuando la lana de vidrio brotó del interior de los muñecos, los robots regresaron lentamente hacia el cohete.

Spark miró su minicomputadora. Si los alienígenas no habían detectado la partida del segundo cohete del «Globe», estaban perdidos. Los robots desmontarían su propio cohete hasta dar con ellos.

Estaban ya sobre la pequeña nave. Spark podía observar las cabezotas pentagonales desde su precario punto de mira. Las bolas rojas se movían en todas direcciones, filmando cada palmo del minúsculo cohete.

Tania escuchó claramente cómo uno de los dos robots entraba en la nave y procedía a desarticular los complejos mecanismos que lo componían, acercándose lentamente hacia el área donde se hallaban ocultos.

Miró alarmada a Spark, que parecía pronto a reaccionar. La pistola láser relucía en su mano, protegiendo el flanco por donde estaba a punto de aparecer el robot.

Vieron la garra mecánica entrar en el cubículo que ocupaban y comenzar a quitar la plancha metálica que los cubría.

Spark levantó la pistola y el dedo se crispó sobre el disparador.

Tania extrajo su pistola y apuntó hacia adelante, imaginando el sitio por donde aparecería la impresionante cabezota biónica.

Spark. que estaba mejor colocado para observar los movimientos del robot que continuaba fuera del cohete, hizo una señal a la muchacha para que no disparara. El mismo bajó la pistola y, un segundo más tarde, el hombre-mecánico que había estado a punto de descubrirlos se retiraba del co-hete para reunirse con su compañero y alejarse hacia una compuerta, lejos del cohete.

Spark cogió la mano de la muchacha y le dio un apretón. Tania sonrió débilmente. No hablaron; no hacía falta. Sabían perfectamente lo que había ocurrido. Los alienígenas, descubierto el engaño, pensaron que el segundo cohete sería el tripulado por los dos terrícolas.

—Vamos —dijo Spark, abriendo un panel que comunicaba con la cabina del cohete.

Tania lo siguió, empuñando firmemente su pistola.

Descendieron a una explanada de brillante color amarillo en la que había señales de color oscuro y de significado incomprensible.

Spark indicó a la muchacha que no dijera una sola palabra y, cogiéndola de la mano, corrió hacia la compuerta por la que habían desaparecido los dos robots.

Se hallaban en una especie de amplísimo hangar vacío, con paredes o planchas de un material duro y macizo. El techo tenía igual textura y se alzaba a varios metros por encima de sus cabezas. La luz brotaba de las paredes y el techo como un fulgor pálido que no producía sombra alguna.

La compuerta hacia la que se dirigían aparentemente era la única salida de aquel hangar.

Spark se detuvo junto a la puerta y verificó el sistema de cierre. Una placa con varios censores a la altura de su hombro, le sugirió la solución. No tenía la menor idea de cuál podía ser el que abría el mecanismo y optó por el que ocupaba la posición más próxima a la

compuerta.

La pesada masa de material compacto se deslizó rápidamente y Spark se halló ante una estancia amplia y extraña. Era una habitación oval, cubierta de espejos o cristales de distintas dimensiones, cóncavos y convexos, y aparejos complicados de los que pendían móviles de un material brillante y húmedo.

Tania se quedó paralizada ante la imagen de aquel extrañísimo sitio.

No había rastros de los robots, ni de ninguna otra existencia, biónica, humana o lo que fuera.

Spark operó su minicomputadora y envió a «Nona» una teleimpresión de aquel cuarto.

Cruzaron por entre los espejos, en los que sus figuras no recibían respuesta. Tania se detuvo ante uno de ellos y miró perpleja la ausencia de imagen refleja.

Spark, junto a ella, hizo un signo de negación con la cabeza. La muchacha asintió. No podían detenerse a analizar cada elemento en aquella nave extranjera.

Dieron una rápida vuelta por el salón de los espejos y hallaron, por fin, una segunda compuerta. Spark repitió la operación de apertura y salieron a un corredor de color amarillo rabioso en el que no había señal de vida.

Se adelantaron por él hasta toparse con un panel lateral de color negro. Spark se detuvo y procuró escuchar a través de él. No pudo oír nada. Estaba decidiendo si convenía abrirlo para echar una mirada al interior de aquella célula, cuando un zumbido creciente llegó hasta ellos.

Provenía del extremo más alejado del corredor. Tania lo miró y una nota de terror se pintó en sus pupilas dilatadas.

No tenía más alternativa, de modo que el comandante abrió el panel y entraron a un compartimiento oscuro en el instante en que los dos robots aparecían en el corredor arrastrando dos grandes probetas cilindricas tan grandes como ellos mismos.

Cuando el panel se hubo cerrado a su espalda, Spark aferró a la muchacha por el codo y la atrajo contra su cuerpo. No podían ver absolutamente nada en la oscuridad que reinaba en el recinto donde se habían ocultado.

Spark procuró aguzar el oído. Ningún sonido se detectaba allí, ni

siquiera el zumbido constante que hacía palpitar al «Globe», procedente de sus gigantescas maquinarias atómicas.

Extrajo la linterna de su cinturón y presionó el botón de alumbrado. El haz estalló contra un cilindro exactamente igual al que transportaban los robots.

Tania no pudo contener un grito de espanto.

Allí, dentro de aquel sarcófago aséptico y vertical, se hallaba el cuerpo desnudo de Dorian Barry. Su cabello caía sobre los hombros dorados y cubría a medias sus pechos esbeltos y pequeños. Tenía los párpados cerrados.

—¡Santo Dios! —exclamó Tania, apretándose aún más contra el cuerpo de Spark.

El haz de la linterna continuó su búsqueda. Un segundo cilindro hospedaba a Pierre Gerard. Más atrás, en idénticos sarcófagos, se hallaban Burns, Ramus Barry y Mado.

Spark se aproximó a Ramus y enfocó su rostro. Los ojos del biólogo estaban cerrados. Inspeccionó uno a uno a sus demás compañeros. Un nudo de angustia le oprimía la garganta. A su lado, Tania parecía sumida en un profundo shock.

Al llegar ante el cuerpo de Pierre Gerard. Spark comprobó que los ojos del médico estaban perfectamente abiertos y en ellos leyó una súplica muda y helada.

—Están vivos —dijo rápidamente al oído de Tania—; los han paralizado exactamente como lo hicieron conmigo en el compartimiento de almacenaje del «Globe». Trataremos de sacarlos de allí. En algún sitio, por aquí mismo, debe estar el aparato que controla sus cuerpos.

Tania unió el haz de su linterna al de Spark y juntos, sin separarse, buscaron minuciosamente el sitio desde el que se supervisaba aquella extraña e increíble investigación.

No pudieron hallarlo.

Spark se detuvo desalentado junto al panel por el que habían entrado al insólito laboratorio. El haz de su linterna rozó el techo, guiado por un movimiento casual de su brazo. Entonces comprendió lo que ocurría. Allí, en el techo, había una especie de puesto de observación, como los que se utilizaban en los quirófanos de la Tierra para que los estudiantes siguieran el curso de las intervenciones más complicadas.

—Ven —dijo a la muchacha—, tenemos que averiguar cómo se llega hasta allí.

Hallaron una rampa fija a la pared que rodeaba todo el recinto y desembocaba en un panel próximo al techo. Subieron por ella y entraron en el puesto de control. Estaba a oscuras y no había nadie dentro.

Un enorme tablero con infinidad de censores ocupaba gran parte del pequeño recinto. Spark se sentó ante él, ignorante de su funcionamiento.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Tania mirando hacia el laboratorio donde se hallaban sus compañeros, invisibles en la oscuridad reinante.

—No lo sé —replicó Spark, pensando furiosamente en el modo de hacer funcionar aquel ingenio desconocido.

Estaban absortos, buscando afanosamente una salida, cuando la misma luz que iluminaba el hangar pareció brotar de la nada para alumbrar el laboratorio, a sus pies, y la propia estancia donde se hallaban.

—Rápido, tenemos que ocultarnos —dijo Tania.

—Un momento.

Los robots aparecieron inmediatamente dentro del laboratorio, llevando dos cilindros vacíos.

—Ha llegado el segundo cohete —dijo Spark—: esos cilindros estaban destinados a nosotros.

Los robots dejaron su carga y comenzaron a liberar a los terrícolas, atrapados en los sarcófagos transparentes.

Bajaron a Dorian y la depositaron sobre una mesa amarilla para luego repetir la operación con todos los demás. Los dejaron uno junto al otro, en fila, sobre idénticas mesas pulidas y asépticas.

—¿Qué harán ahora? —preguntó Tania, empuñando la pistola con decisión.

—Aguardaremos todavía un poco más. Tal vez nos resuelvan el problema —replicó Spark fríamente.

Uno de los hombres-mecánicos se plantó ante los cinco terráqueos inmóviles. Todos, excepto Pierre, tenían los ojos cerrados y parecían dormir profundamente.

—Mira a Pierre —dijo Spark.

Los ojos de Pierre miraban hacia arriba, justo hacia ellos y

parecían serenos y confiados.

—Está consciente y nos ha visto —dijo Tania.

—No parece estar asustado o desesperado —reflexionó Spark.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Tania irritada.

Spark le dedicó una mirada severa.

—No lo sé; simplemente confío en lo que veo en sus ojos. Míralo. ¿Te parece acaso una mirada de angustia?

—Tal vez esté drogado o...

—Si, tal vez —dijo Spark sin ningún convencimiento.

El robot que estaba ante los cinco terrícolas buscó algo bajo las mesas. Extrajo entonces los trajes espaciales y comenzó a vestir pacientemente a Dorian.

El otro robot se dirigió hacia la rampa y comenzó a subir.

—¡Viene hacia aquí!

—Calma —aconsejó Spark—; no ganaremos nada si nos dejamos ganar por el pánico. Busquemos un sitio donde ocultarnos.

Junto al panel de entrada había una gran masa cúbica, separada levemente de la pared.

—Allí —dijo Tania—, detrás de ese armatoste.

Spark sonrió ante la frase de la muchacha y ambos se agacharon detrás del cubo, junto a la pared.

El robot entró en el puesto de control y dirigió hábilmente las teclas del panel que Spark había observado impotente.

Tania, pegada a su cuerpo, temblaba ligeramente. El cristal irrompible de su casco agigantaba las gotas de sudor que perlaban su frente.

El robot continuó algunos minutos su trabajo y luego se volvió para marcharse.

En ese instante, justo al llegar al panel de salida, se detuvo. Se inclinó y cogió un objeto entre sus garfios.

Spark contuvo la respiración.

—La linterna —dijo sordamente, pero la palabra trepanó el cerebro de Tania.

No lo pensó dos veces, salió de su escondrijo con la pistola en la mano y, aprovechando la posición del robot, inclinado sobre la linterna, le hizo un disparo en el único sitio vulnerable: la antena que vibraba sobre su impresionante testuz.

El robot se quedó quieto, paralizado.

Spark se acercó a él y volvió a disparar hasta que consideró que el desperfecto causado sobre aquella cabeza biónica no resultaría fácil de reparar.

Se asomó luego para atisbar hacia abajo, hacia el laboratorio.

El otro robot había terminado de vestir a Dorian, Ramus y Burns y se disponía a hacer lo propio con Mado.

Spark vio cómo las peligrosas manos cibernéticas acariciaban la piel dorada de la mujer, que miraba con sus grandes ojos azules cada movimiento del hombre-mecánico.

Todos estaban despiertos, por decirlo de algún modo, pero continuaban inmovilizados sobre las mesas pulidas.

—Tenemos que eliminar al segundo robot —dijo Tania.

Como si el robot hubiese escuchado las palabras de la muchacha, sus ojos rojos y circulares buscaron el puesto de control y se clavaron en el rostro de Tania.

Spark salió a la rampa justo en el momento en que el robot comenzaba a trepar con una celeridad inimaginable. Spark no podía perder el tiem po. Tenía que disparar mientras la diferencia de niveles se lo permitiera; de lo contrario, no podría neutralizar al hombre-mecánico.

Apuntó cuidadosamente y disparó. El disparo fue contenido por la película defensiva que rodeaba la cabeza pentagonal del ingenio biónico que continuó su carrera velozmente.

Tania apoyo su mano armada en el hombro de Spark, y siguió durante algunas décimas de segundo la marcha del robot y en el último momento hizo fuego.

El rayo láser incineró la pequeña antena directriz y el robot quedó paralizado, como un bailarín atrapado en medio de un salto.

—¡Lo has conseguido! —gritó Spark con alegría.

—Ahora sabes que debes cuidarte de mí, cariño. Soy muy peligrosa con un arma en la mano.

—Eres peligrosa de todas formas, amor —replicó Spark con una sonrisa.

Tania sonrió nerviosamente. El humor sólo era una tapadera de la tensión y el miedo.

Bajaron la rampa a la carrera, pasando junto a la patética figura del robot inmóvil, y se detuvieron ante las mesas donde yacían los demás expedicionarios.

Tania de aproximó a Mado.

—¡No la toques! —gritó Spark.

Tania se detuvo justo a tiempo.

—Tal vez sea peligroso —agregó Spark.

Se acercó a Pierre y aproximó su rostro al del médico. Los ojos de Pierre estaban vivos pero no podían girar en sus órbitas.

—Pierre, voy a tratar de soltarte. No sé cómo os han paralizado ni de qué modo podré reanimaros, pero debo intentar algo. ¿De acuerdo?

El brillo de las pupilas húmedas del médico pareció variar de intensidad.

Spark se inclinó para revisar palmo a palmo la mesa. No halló nada, era pulida y lisa como un espejo.

—Déjame probar a mí —dijo Tania y, antes de que Spark pudiera impedírselo, cogió a Mado de un brazo y tiró de ella hasta hacerla caer de la mesa. En el momento en que la mujer perdió contacto con la superficie pulida, recuperó el dominio de sus músculos y un largo suspiro escapó de su boca trémula.

—¡Gracias a Dios que habéis llegado! —casi gritó convulsivamente.

—Vamos, liberemos a los demás —ordenó Spark con ansiedad.

Uno a uno fueron apartando a todo el equipo de aquellas superficies paralizantes.

Mado y Pierre se vistieron rápidamente con sus trajes espaciales.

Entonces Spark reparó en que no se habían quitado los cascos aunque, obviamente, la atmósfera de la nave extraterrestre era respirable.

—Poneos los cascos —dijo imperativamente—, ya no podemos confiar en esta atmósfera. Tal vez la contaminen para detenernos en cuanto sepan que os hemos liberado.

Todos obedecieron con presteza.

—Y ahora, nos largaremos de esta maldita nave —dijo Spark cuando el grupo estuvo dispuesto.

Tania se acercó a Dorian y apoyó la mano sobre su hombro.

—¿Cómo os cogieron?

—La puerta de la cabina de control se abrió y vimos aparecer a Spark, es decir, a un ser biónico con la apariencia de Spark. Entró tranquilamente y se paró en medio de la cabina sin decir una sola

palabra. Burns fue el primero en comprender que no se trataba del comandante, pero fue demasiado tarde. Toda su cabeza pareció irradiar una luz extraña y densa, y ninguno de nosotros pudo moverse. Nos desnudó uno por uno; rápidamente, nos colocó los trajes espaciales y los cascos y, luego, con la ayuda de dos de los robots, nos transportó a un cilindro negro que se hallaba adosado al fuselaje del «Globe», junto a la escotilla de acceso de la tripulación.

—¿Qué ocurrió luego? —insistió Tania.

—Luego... pues no lo recuerdo muy bien. Sentí como una especie de sopor, una nube plácida y envolvente que se apoderó de mi cerebro y ya no pude registrar nada hasta que desperté sobre la mesa. Fue una sensación horrible. Parecíamos animales en observación.

—No pienses más en ello —intervino Spark, aproximándose al panel de salida del laboratorio.

—Yo desperté en el tubo de ensayo —dijo Pierre con firmeza.

—¿En el tubo de ensayo? —preguntó Mado.

—Allí estuvimos, suspendidos en el aire, flotando dentro de un cilindro transparente, sostenidos por una densa atmósfera nutritiva y perfectamente respirable.

—¿Os hicieron daño? —quiso saber Spark.

—En absoluto —replicó el médico—; sólo estudiaron nuestra morfología general. Me gustaría poder hablar con uno de ellos, no con un ser biónico, sino con la inteligencia que los comanda. Todo el trabajo lo hicieron los robots.

—¿No los habéis visto, entonces? —preguntó Spark.

—¿Visto? ¿Acaso tú...? —inquirió Ramus con entusiasmo.

—Sí, vi a uno de ellos en el «Globe». Estaba dentro un cilindro en el compartimiento de almacenaje. Entraron limpiamente por la compuerta de carga.

—¿Cómo era? —preguntó Burns, con una naturalidad impresionante.

—Viejo y arrugado. Con un rostro humano, muy particular. Anguloso y apergaminado.

—¿Te comunicaste con él? —preguntó Pierre.

—No —intervino Tania—, no tuvo tiempo. Un robot me cogió por sorpresa y Rom...

—Dejemos las explicaciones para más adelante. Ahora debemos

huir de aquí. No tenemos mucho tiempo —dijo Spark, abriendo el panel y atisbando fuera.

—¿Ves a alguien? —preguntó Tania.

—Nadie. Escuchadme bien, yo abriré la marcha y Tania irá a la retaguardia. Somos los únicos que tenemos armas. Os advierto que los robots mecánicos, los que no han asumido la morfología de ninguno de nosotros, son indestructibles a menos que se les pueda disparar desde arriba, a la antena que los guía. De modo que, si no conseguimos neutralizarlos, habrá que huir como sea. Yo me quedaré el último si surgen dificultades.

Un murmullo de protesta se elevó inmediatamente de boca de todos los expedicionarios.

—Es una orden —dijo secamente Spark.

Salieron al corredor en fila india y avanzaron rápidamente hacia el salón de los espejos.

Estaban por alcanzar el panel de acceso cuando éste se abrió y aparecieron Spark y Tania.

El comandante se detuvo. Sabía que eran sus dobles biónicos pero la sorpresa de verse a sí mismo, a pocos metros de distancia, paralizó su voluntad durante una fracción de segundo.

Tania no sufrió el mismo shock y disparó su pistola láser desde su puesto, en el último sitio de la fila. El rayo láser surcó el espacio y estalló en el pecho de Spark que se quebró en dos como un muñeco desarticulado. El comandante todavía se hallaba sumergido en la fascinación de ver a su doble abatido cuando hizo fuego instintivamente contra el doble biónico de Tania. El cuerpo cibernético corrió la misma suerte que su doble y se desplomó humeante al suelo.

—¡Adelante! —gritó Spark, obligándose y obligando a todos los demudados expedicionarios a proseguir la marcha.

Cruzaron lentamente el salón de los espejos, atónitos y maravillados. Pierre rozaba con las yemas de sus dedos las pulidas superficies de aquellos espejos sin reflejos, de los originales cristales de todo tipo, como si pudiese atrapar en su tacto el misterio que encerraban.

—¡Es portentoso! —exclamó Ramus observándolo todo con expresión encantada.

—Poder estudiar esta nave significaría un adelanto de siglos para

nuestra tecnología —reflexionó Pierre, más interesado en analizar aquellos sofisticados aparatos luminosos que en huir de la nave alienígena.

Spark había llegado junto a la última compuerta. Abrió decididamente la pesada plancha de material sólido y entró al hangar brillante.

En un primer momento quedaron enceguecidos por la extraña luz general, luego se encaminaron hacia los cohetes.

El segundo cohete, tal como Spark había supuesto, se hallaba junto al que habían utilizado para ir hasta allí.

—No hay nadie aquí —dijo Tania recelosa.

—Hemos de darnos prisa —les urguió Spark—, ya no nos queda mucho tiempo.

Tania lo miró escrutadora.

Las voces sonaban dentro de los cascos como letanías mientras marchaban presurosos hacia el cohete dispuesto para la huida.

—¿Cómo saldremos de la nave? —preguntó Ramus.

El hangar estaba herméticamente cerrado. La compuerta por donde habían entrado los cohetes se mimetizaba perfectamente con las paredes brillantes y lisas.

—Sé dónde está la compuerta. La haremos volar con el cañón láser del cohete. ¡Montad en él, rápido!

Todos subieron y se acomodaron en sus butacas.

Spark echó una última mirada en derredor y comprobó algunos datos en su micro-computadora. Luego, con el ceño fruncido, trepó a la pequeña nave y se sentó en la butaca de comando.

—¿Estáis listos? —preguntó.

—Todo dispuesto —respondió Tania.

Las manos del comandante aferraron los instrumentos de mando del cohete y las poderosas turbinas atómicas hicieron vibrar su estructura con la potente energía que liberaban.

En el visor de disparo, Spark ubicó el área donde recordaba haber visto la compuerta de salida. El pequeño cañón se deslizó en el visor hasta colocarse en línea con el blanco.

—Tania, en cuanto salgamos de la nave procura localizar en el radar la situación del «Globe», no quiero llevarme ninguna sorpresa.

—Entendido —dijo la muchacha.

Los dedos de Spark se cerraron en la palanca de activación del

cañón.

—Un momento —dijo Pierre, mirando atentamente por la ventanilla de su lado.

—¿Qué ocurre? —preguntó el comandante, con los dedos crispados en el disparador.

—Los robots, míralos, allí, junto a la pared exterior de la nave. ¿Qué hacen?

—Están abriendo la compuerta de salida —dijo Tania con voz queda.

—No lo comprendo —dijo Ramus.

—No sé qué estarán tramando, pero no tenemos otra alternativa: nos largamos de aquí —explotó Spark, con un tono vibrante y decidido en su voz grave.

La compuerta se abrió totalmente y el cohete salió despedido al espacio negro, hambriento como una fauce monstruosa y desdentada.

—¡Estamos fuera! —gritó Dorian, aferrando impulsivamente el brazo de Ramus—. ¡Estamos fuera!

—Tania —dijo Spark.

—La nave, el «Globe», está en el mismo sitio, Rom. No hay por qué preocuparse —rió la muchacha volviendo su rostro maravilloso hacia el hombre.

—Debemos apurarnos —farfulló Spark, indiferente a la alegría que parecía dominar a todo el equipo expedicionario.

El cohete cruzó velozmente el espacio, acortando la distancia que la separaba del «Globe». Un silencio tenso dominaba la cabina. Spark miraba ceñudo la pantalla del radar y su rostro, bajo el casco, parecía una máscara dura, perlada de sudor.

—¿Te ocurre algo, amor? —preguntó Tania.

—Algo ocurre, sin duda, sólo que no sé de qué se trata.

El tono del comandante se instaló como una enfermedad maligna en el ánimo de todos.

—Todo ha resultado demasiado sencillo, Spark. ¿Es eso lo que te preocupa? —intervino Pierre.

—No ha sido sencillo —dijo Mado—, nada sencillo. Hemos atravesado por la experiencia más descabellada del mundo. Salir de ella con vida es sólo el comienzo de una serie de investigaciones que seguramente transformarán a la Tierra y a sus gentes. Estamos en el principio.

—Es cierto —convino Spark—, pero Tania y yo hemos tenido el presentimiento de que sólo hemos estado actuando como conejillos de indias. Es como si nos hubiesen estado probando, experimentando con nuestras reacciones. Algo no encaja en todo esto.

El cohete se acercó lentamente al «Globe». Los motores atómicos rugieron cuando el sistema de frenado lo depositó suavemente dentro de la nave, en la plataforma de asiento.

Aguardaron en la cámara de descompresión antes de quitarse los trajes espaciales.

Todavía debieron pasar por la cámara de descontaminación y recién entonces sintieron que volvían a ocupar el sitio que les correspondía, en su propia nave.

Se reunieron en la cámara de control. Spark se apresuró a llegar junto a «Nona» y sin disimulo apoyó la yema de su dedo pulgar derecho sobre la plancha de apertura del compartimiento que correspondía a «Máxima seguridad». «Nona» reconoció sus huellas dactilares y abrió el compartimiento, Spark extrajo entonces la tarjeta perfora da que introdujera allí antes de marcharse al rescate de sus compañeros.

—¿Qué era eso? —preguntó Tania aterrada, conociendo de antemano la respuesta.

—La orden del comandante de la nave expedicionaria, ante una situación límite como la que hemos vivido, es la de asegurarse que nada quedará en poder de un eventual enemigo de la Tierra. Llegamos justo a tiempo. El «Globe» ha estado a punto de desintegrarse.

—¿Quieres decir que…? —la voz de Tania se quebró antes de completar la frase.

—Quiero decir que todos hubiéramos muerto. Incluso los alienígenas. El cohete en que fuimos hasta allá tiene una poderosa carga neutrónica. También lo he desactivado.

—Por todos los diablos, ¿te has vuelto loco? —dijo Tania, llevándose las manos al rostro.

—Todo lo contrario, os ha salvado a todos —dijo entonces una voz desconocida, grave, lenta y melodiosa.

Todos se volvieron sorprendidos y aterrados.

En el panel de acceso a la cabina de control del «Globe», flanqueado por dos robots de cabezotas pentagonales, estaba el

anciano de rostro apergaminado.

Sus ojos, clavados en Rom Spark.

*   *   *

Era muy alto, tal vez dos metros, y delgado como un junco. Vestía un traje ajustado, que se abría en un cuello amplio y cuadrado. Sobre la cabeza llevaba una capucha del mismo material del traje que cubría el cráneo y parte de sus mejillas hundidas y de tono amarillento.

Las manos, cruzadas sobre el pecho, remataban en largos dedos afilados como punzones. El rostro aguzado parecía tendido hacia adelante, desafiante, pero sus ojos vidriosos tenían una expresión bondadosa.

En las manos sostenía un pequeño instrumento romboidal, hecho de un material semejante al cristal, una réplica menor de los adminículos que habían visto en el salón de los espejos.

Spark clavó su mirada en aquel aparato y luego miró fijamente al anciano.

—No debéis preocuparos, hombres. Es un instrumento para traducir mis palabras a vuestro lenguaje. Nosotros, los mirlos, hace mucho tiempo que dejamos de hablar.

Los robots seguían con sus bolas rojas cada movimiento que hacían los expedicionarios al arrellanarse en sus asientos, fascinados por aquella sorprendente aparición.

Spark se adelantó hacia el anciano. Uno de los robots giró el testuz y las bolas rojas de sus ojos se encendieron.

Spark se detuvo.

—No tengo intención de haceros ningún mal, pero debéis escucharme, terráqueos.

—¿Por qué nos habéis detenido?

—Necesitaba comprender cuáles eran vuestras intenciones —dijo el anciano.

—Podríais haberos comunicado con nosotros de un modo más natural.

El mirio negó solamente con la cabeza.

—No —dijo dulcemente—, sólo nos aferramos a los hechos. Teníamos que comprobar cómo eran qué planes tenían y cuáles

serían vuestras reacciones.

—Habéis jugado con nosotros —dijo Tania, irritada.

—Tal vez, pero el resultado ha sido satisfactorio.

—¿Qué quieres de nosotros?

—Explicaros el porqué de la existencia del planeta que habéis estado estudiando.

—¿Paradis? —preguntó Pierre.

—Así es el nombre que vosotros le habéis dado. Para nosotros es el futuro.

—Explícate, anciano —pidió Spark, tomando asiento nuevamente en su butaca.

—Nuestro mundo está muy lejos, tanto, que vosotros todavía ni siquiera podéis imaginarlo. Es un mundo perfecto, pero tiene un defecto. Un defecto solamente y, sin embargo, resulta insufrible. En mi mundo todos somos ancianos. Somos casi inmortales, pero no podemos procrear. Nuestra tecnología nos ha vuelto estériles.

—¿Es por eso que habéis interrumpido en Paradis la evolución natural? —preguntó Pierre.

—No la hemos interrumpido, la hemos acelerado. Paradis es un planeta que goza de las mismas características que el nuestro. Lo hemos buscado durante siglos para repetir allí, desde el comienzo, las condiciones evolutivas que finalizarían en la aparición de un nuevo hombre. Un hombre natural y sano, el hombre que alguna vez fuimos. Nuestro propósito era y todavía lo es, el de regenerar nuestra civilización envejecida.

—Nosotros podríamos ayudaros —dijo Mado.

—No, hace mucho tiempo que observamos a los terrícolas y hemos analizado seriamente vuestra evolución. Todavía tenéis mucho que aprender y por ello jamás nos comunicamos con vosotros.

—¿Y ahora? ¿Qué haréis ahora que hemos llegado a Paradis? —preguntó Spark.

—El propósito de esta visita es haceros una invitación. Deseo que dos de vosotros vengáis conmigo a Mirio. Veréis nuestra civilización y comprenderéis qué hay que modificar en la Tierra para no repetir nuestra historia. Luego, nos pondremos en contacto con vuestra Unión Planetaria y aprenderemos a convivir.

Las palabras del anciano flotaron en la cabina de control durante algunos segundos. El mirio, desde la longeva dulzura de sus ojos

inteligentes, aguardó pacientemente.

Spark se volvió hacia los tripulantes del «Globe».

Pierre aferró la mano de Mado y se puso de pie.

—Yo estoy dispuesto, comandante —dijo seriamente, sin dejar de observar al anciano.

Mado, apretada contra el cuerpo de su marido, sonrió comprensiva.

—Y yo —dijo firmemente.

—Habéis tenido todo bajo control desde el primer momento, ¿no es así? —preguntó Spark.

—Todo, excepto una cosa —dijo el anciano.

—¿Qué? —preguntó Tania.

—Dejé librado a la decisión de vuestro comandante la posibilidad de hacer estallar nuestra nave. No neutralicé la capacidad destructiva del cohete que abandonasteis allí. Esa sería la prueba final. Un riesgo que compartimos.

Durante algunos minutos, Spark y el anciano midieron sus miradas. Finalmente, el anciano sonrió y recorrió con ojos cansados a todos los tripulantes del «Globe».

—Tuya es la decisión, comandante —dijo entonces el mirio.

—Acepto la propuesta, anciano. Pero iremos todos a tu mundo.

—Esa era la respuesta que aguardaba —dijo solemnemente.

Spark miró uno a uno a sus compañeros. Burns se hizo cargo de la respuesta general.

—Seremos los protagonistas de una nueva era, comandante.

—No tenéis de qué preocuparos, yo os remolcaré hasta el campo de atracción de mi nave. Sólo nos llevará dos semanas terrestres llegar allí. Ahora me despido.

El anciano desapareció seguido por los dos hombres-mecánicos.

El panel se cerró tras ellos.

—No has consultado a «Nona» —advirtió Tania, acercándose a Spark.

—Me he acostumbrado a tomar mis propias decisiones —replicó el comandante con una sonrisa.

—Vamos, Dorian —dijo Ramus a su mujer—, tenemos mucho de qué hablar.

—Creo que Pierre y yo también hemos de discutir este asunto —agregó Mado, cogiéndose al brazo de su marido.

—Bien, yo me ocuparé de registrar en mi «Nona» las alternativas de esta fantástica expedición al futuro —sentenció Burns con su calma de siempre.

Tania miró a Spark. Sólo eso, y fue suficiente.

* * *

Tendidos en el lecho de su célula particular, Rom Spark dibujó una caricia en la piel tibia de la muchacha.

Tania se estremeció de placer y lo obligó a estrecharla entre sus brazos.

—Después de todo, tendremos nuestras dos semanas de vacaciones —dijo el comandante hundiéndose en la boca hambrienta de Tania.

—No será suficiente —gimió la muchacha ahogadamente, abriendo su cuerpo a la honda caricia del hombre.

El cielo oscuro, inmenso y enigmático ya no era un desconocido…

FIN